

SAHARA EN ROJO

Clark Carrados



La muerte y la traición acechaban en la ruta del desierto

SAHARA EN ROJO

CLARK CARRADOS

SAHARA EN ROJO

1.^a EDICIÓN
DICIEMBRE. - 1955



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

CRÉDITO DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyectó, 2 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

El avión volaba rítmica, plácidamente. Arriba un estallido de luz azul, cegadora. Abajo, un infinito mar amarillo, deslumbrante, como recién salido del tubo de pintura. Entre los dos únicos colores, el azul del cielo y el amarillo del sahariano desierto, la máquina humana, repleto su vientre de ejemplares idénticos a los que la habían construido, era la única nota discordante en plata y zumbido de motores. Un zumbido que se extendía en invisibles esferas durante kilómetros y kilómetros de inacabable soledad, llenando esta con las conmociones de la atmósfera provocadas por las continuas y vertiginosas revoluciones de las dos hélices, convertidas en refulgentes discos, del «Dakota» norteamericano de transporte.

Marko Darby, teniente de Infantería, sentado en el incómodo lugar asignado, contemplaba aburridamente el monótono espectáculo. Azul. Amarillo. Azul. Amarillo... Siempre lo mismo. En cualquier dirección en que se girase la vista, solamente se percibían los dos colores que parecían ser los únicos que hubiesen quedado en el mundo, como si alguna suprema e impronunciada ley hubiera proscrito los demás. Y como única variación a tanta monotonía, solamente tenía el recurso de contemplar las caras de veinte o veinticinco hombres, tan parecidas entre sí, que diríase habían salido del mismo molde.

Pero no era otra cosa sino el hastío, un hastío profundo, colectivo, un hastío del que no había forma de salir, lo que había hecho que todos los rostros parecieran uno repetido casi hasta el infinito, al adoptar todos el mismo atesto. Apenas había un soldado que no estuviera semidormido, con los ojos entrecerrados, arrullados por la monorrítmica nota de los motores, con un cigarrillo humeando entre los reseco labios. Ni siquiera el saber que antes de pocas horas podían estar combatiendo sacaba a aquellos hombres de su laxitud, a lo que contribuía el sofocante calor que se advertía dentro del vehículo aéreo y que subía desde las candentes arenas del desierto a tres mil metros más abajo.

—¿No se tomaría usted ahora una cerveza helada?

Darby miró al que le había hablado junto al oído, y sonrió de mala gana a su jefe, el capitán Curtis Smith.

—Está usted haciendo conmigo el panel del Maligno al tentarme, capitán. Todo lo que puede ofrecerme es un trago de agua a la temperatura ambiente.

—¿A cuarenta y ocho grados? —sonrió Curtis.

—Eso debe de ser a la sombra. Dejemos al sol a un lado.

—¡Hombre! Si tiene apetito, un par de huevos se le cocerían en pocos minutos.

—¡No! Hábleme de una montaña de chocolate y nata helados, capitán —agitó Marko las manos en son de protesta, lo que provocó una ligera carcajada de su superior, cortada inmediatamente por un ruido que ninguno de los dos hubiera soñado escuchar en el interior de aquel aparato, y que, aparte de hacer una llamada instantánea a su atención, provocó asimismo un expectante y simultáneo movimiento en todos los soldados, a los que la detonación del arma de fuego disparada en la cabina de pilotos, sacó al momento de la sofocante abstracción en que se hallaban sumidos.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué diablos...?

—¿Habéis oído, chicos?

—Ha sido un disparo de pistola...

El capitán Smith y el teniente Darby se levantaron instantáneamente, mirando, como el resto de la tropa, hacia la puertecilla de acceso al puesto de mando del transporte, en donde, sacándolos definitivamente de las dudas en que pudiera haberlos sumido la primera explosión, volvió a sonar otra, que se percibió tan distintamente como la anterior.

Los dos oficiales se abalanzaron sobre la puerta, golpeándola frenéticamente, pero en aquel momento se vieron derribados

bruscamente al suelo, al hacer el avión una violenta guiñada, que puso las alas en un ángulo de casi cuarenta y cinco grados con el eje longitudinal del mismo. Se incorporaron rápidamente, y el capitán miró a Marko:

—¡Debe de haber ocurrido ahí dentro algo espantoso, teniente!

—Eso creo yo, señor. Pero lo averiguaremos al momento.

Sin hacer caso a los soldados, cuyas expresiones de aburrimiento habían desaparecido fulminantemente para dar paso a otras de innegable ansiedad, el teniente Darby, echándose hacia atrás, dio tres o cuatro pasos, disponiéndose a cargar con toda la potencia de sus casi noventa kilos de huesos y músculos armoniosamente proporcionados, contra la relativamente débil protección de la puerta que separaba la cámara de forzados pasajeros de la cabina de pilotaje, pero en aquel instante se abrió la misma, dejando ver un hombre que se apoyó un momento en el marco.

La respiración de Darby, como la de los demás, se suspendió durante unos segundos al ver el horripilante aspecto que presentaba aquel hombre, cubierto de sangre, que le brotaba de varias heridas. Abrió la boca y un ronquido nada humano salió de ella. No obstante, los estupefactos espectadores entendieron las palabras, más por el gesto que por la claridad del vocabulario pronunciado ya en las ansias de la muerte.

—¡Se ha vuelto loco! —gimió—. ¡Me ha...!

El infeliz segundo piloto quería decir «me ha matado», más no pudo concluir la frase. Un gruñido atroz, envuelto en una bocanada de rojo líquido, salió de aquella garganta y el hombre se vino hacia adelante, pataleando convulsivamente hasta que sus movimientos, debilitándose gradualmente, fueron cesando hasta que su cuerpo adquirió la absoluta inmovilidad del que ya está más allá de las humanas miserias.

Durante unos momentos, pocos, un frío silencio, únicamente alterado por el incesante trueno de los motores, debilitado por las paredes metálicas del avión fue el dueño de aquel tenso, al par que asombrado concurso. Después, el propio capitán, fue el primero en reaccionar, echándose hacia adelante, al mismo tiempo que trataba de sacar la pistola automática que llevaba en el correaje reglamentario; mas no había dado un paso, cuando se detuvo como clavado en el metálico suelo.

Sonriendo siniestramente, con una pesada pistola empuñada firmemente, había aparecido en la puerta de la cabina el piloto del avión. Sus ojos, casi fuera de sus órbitas, la mueca trágica de su

rostro, las gotas de sudor que le corrían por la frente, dieron a todos la exacta impresión de lo que le había ocurrido. Aquel hombre no era dueño de sus facultades mentales. Su cerebro se había roto bruscamente, y de la situación de normalidad había pasado a otra, en que únicamente la sangre era la nota predominante.

—¡Atrás! —gritó con poderosa voz—. ¡Atrás u os mataré a todos!

Desafiando el posible peligro, el capitán intentó aplacarlo:

—¡Teniente, déjese de palabras y conduzca el avión con el rumbo prefijado por el Mando! Tenemos una misión que cumplir y...

Una sarcástica y estridente carcajada le cortó:

—¡No hay más misión que la mía! ¡Soy el enviado de la Muerte y haré que perezamos todos!

—Está loco perdido —cuchicheó Darby al oído de su superior.

—No sé qué habrá podido ocurrirle, pero desgraciadamente, esa es la más amarga de las verdades —le repuso Curtis Smith, y alzó la voz de nuevo, dirigiéndose al demente—; ¡Vuelva a su sitio!

Pareció como si el loco le obedeciera. Se volvió hacia el interior, cerrando tras sí la puerta, lo que motivó que el capitán ordenara a su segundo:

—No creo que sea ya necesario, pero mire a ver si este infortunado presenta algún signo de vida. Yo voy a comunicar por radio lo que ha ocurrido. ¡Radiotelegrafista!

—Diga, señor —contestó el aludido.

—Llame al puesto de mando regimental y dígales que...

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Tres disparos, sonando casi en uno solo, atronaron el espacio. El desgraciado radiotelegrafista, con la cabeza destrozada, cayó sobre sus propios aparatos, sin haber exhalado un grito. Y antes de que nadie reaccionara, una serie de disparos más destrozaron totalmente las instalaciones inalámbricas, dejando a los ocupantes de aquel bimotor incomunicados con el resto del mundo.

Aprovechando la sorpresa, el loco piloto hizo un gesto de desafío, en una irónica sonrisa, volviendo a cerrarse por dentro.

—¡Por Dios! ¡Esto es demasiado ya! —exclamó, en el colmo de la excitación el capitán—. ¡A ver! ¡Un par de hombres fuertes para echar abajo la puerta!

Primero tuvieron que apartar a un lado los cadáveres, pues el del operador de radio había caído sobre el del segundo piloto, en el salto convulsivo, que dio al recibir los tres balazos en la cabeza. Hecho esto, Darby fue el primero en arremeter contra la puerta.

Tomó carrera, dándose cuenta en el mismo instante que el aparato inclinaba su morro hacia abajo. Esto le ayudó en su ímpetu,

y su embate fue tan fuerte que cayó, hecho un ovillo, en el interior de la cabina, sintiendo el calor, juntamente con el estrépito de un disparo hecho casi en sus mismas narices; pero al mismo tiempo, alargó su mano en un gesto instintivo de pura defensa, y logró desviar el segundo disparo cuyo proyectil, atravesando el cristal del parabrisas, salió fuera. E inmediatamente, un millón de lucecitas parpadearon en su mente, cuando el enloquecido aviador le aplicó su puño izquierdo en la sien.

Marko aflojó sus músculos, soltando la presa de la muñeca. Como en sueños se dio cuenta que estaba a merced del piloto, pero la desgana que se había apoderado de él, le impidió hacer todo movimiento.

No obstante, sus oídos percibieron, aunque pareciéndole como si llegaran desde muy lejos, una serie de estallidos y detonaciones. Un pandemónium de gritos y aullidos de dolor, de exclamaciones de ira y furor, de interjecciones, blasfemias, imprecaciones; y luego, otro golpe, que al contrario de aquel que casi le había desvanecido le volvió a la vida consciente.

Algo cayó sobre él, sofocándole. Un cuerpo humano, del que se desprendía un líquido caliente y pegajoso, que le manchó el rostro. Hizo un sobrehumano esfuerzo y consiguió apartarlo a un lado, ayudado por alguien, cuyo rostro no distinguió al pronto, cegado por la sangre del muerto.

—¿Está bien, teniente? —Marko reconoció por la voz al sargento Kilbur Waverley, que se había inclinado sobre él.

—Sí, gracias —dijo con un hilo de voz apenas.

—Écheme una mano, sargento.

Las dos fueron y Marko se sintió izado como una pluma. También era un hércules Waverley. Pero apenas se asomó a la puerta cuando unas náuseas irreprimibles le acometieron ante el espectáculo que acababa de presentársele ante su vista.

Además de los cuerpos del segundo piloto y del radiotelegrafista, cuatro más yacían en el suelo, en medio de grandes charcos de sangre. Uno de ellos era el del capitán Smith, con un espantoso brochazo en mitad de la frente. Los otros tres eran los del piloto y dos soldados. Y en un rincón, otra pareja de soldados, gemían monótonamente, en tanto varios de sus propios compañeros trataban de hacerles unas someras curas con las vendas y gasas de los paquetes de urgencia individuales.

—¡Gran Dios! —exclamó Marko, cuando se hubo recobrado un tanto de la sorpresa y notó que el estómago se le aquietaba—. ¿Qué es lo que ha ocurrido aquí, sargento?

Amarga, muy amarga era la risa, con leves tintes de histeria, del interpelado, cuando contestó:

—Ya lo puede ver, teniente. La obra de un loco.

Creyó que había acabado con usted, y se lio a tiros. Tenía la pistola del segundo piloto además de la suya propia, que debió recargar después de haber vaciado el depósito la primera vez. Total, que parecía un volcán de fuegos artificiales, hasta que una ráfaga acabó con él. Pero antes tuvo tiempo de llevarse por delante al capitán, a estos dos que ve usted aquí, más el que le cayó encima a usted. Y otros dos han resultado heridos, aunque no creo que sus lesiones sean de gran importancia.

Marko se pasó la mano por la cara, pero en aquel momento se tambaleó. Y no fue él solamente, sino todos, a causa de un bandazo que dio el avión, cuando encontró un bache en la atmósfera. Palideció hasta que su rostro tomó el color del yeso.

—¡Cielos! —exclamó—. ¡Nos habíamos olvidado de que vamos volando en un avión sin gobierno!

Saltando por encima de los cuerpos de los muertos, volvió a la cabina, sentándose en el puesto del piloto, contemplado con ansiedad por el sargento. Asió el volante, tirando de él hacia sí, al mismo tiempo que le gritaba:

—¡Waverley!

—Diga, teniente.

—¿Tiene usted alguna idea de cómo se conduce un trasto de estos?

El sargento movió el cabeza apesadumbrado:

—Lo único que he podido averiguar en mi vida es que tienen alas, motores y timones. Y ya es bastante para mí.

Marko tenía alguna noción más que su subordinado, porque metió los pies en los pedales de dirección, consiguiendo estabilizar el aparato.

—Yo no sé mucho más que usted, Waverley. Pero en el techo del aparato hay un ametrallador, perteneciente a la dotación. Tráigaselo aquí de las orejas. ¡Ah! Y de paso, que retiren los muertos a un lado. ¡Bonita situación! —concluyó gruñendo, pero volviendo inmediatamente a las palancas, cuando el avión se estremeció súbitamente al tropezar con una capa de aire más densa que las demás.

Los ojos del ametrallador reflejaban claramente el horror porque había pasado, pero procuró dominar sus nervios, tratando de contestar a las preguntas que le hacían.

—¿Sabe usted pilotar? —inquirió Marko.

El muchacho, pues lo era todavía, movió negativamente la cabeza:

—No, señor.

—¿No? —y la «o» de la negación se alargó desmesuradamente, denotando con ello la sorpresa que sentía el teniente—. Entonces, ¿qué diablos les han enseñado a ustedes?

—A mí, fuera de algunas ideas sobre transmisión inalámbrica, nada más que disparar con toda clase de ametralladoras.

—¿Cómo se llama usted?

—Eskin, Wynn Eskin, señor.

Marko se volvió sobre el asiento, mirando al sargento. Su voz tenía una clarísima nota de sarcasmo:

—Vea usted, querido Waverley, cómo aquí hay algo que desmiente ese slogan de que los Estados Unidos son un prodigio de organización en todo y para todo. Aquí nos tiene usted volando, sin rumbo, sin saber dónde vamos, dando gracias, a pesar de todo, al Señor porque nos ha conservado hasta ahora la vida, pero sin saber lo que hemos de hacer con este cachivache que nos lleva.

—Si la gasolina durase mucho... —sugirió, con lúgubre acento, el sargento.

—Sí. Daríamos una vuelta completa a la tierra y dentro de tres días volveríamos a estar aquí. Según eso, podríamos estar de esta forma, hasta que sonase la trompeta del Ángel —rio, irónicamente, Darby.

Waverley se rascó la cabeza:

—Alguna cosa habrá que hacer, señor. Digo yo, ¿no?

—Sí. Buscar un lugar donde aterrizar sin el menor riesgo.

—Pero ¿cómo?

—Hálleme la solución y le rezaré todas las noches mientras viva —le respondió el teniente—. De todas formas, hay que hacer una cosa ineludible, Waverley.

—¿Cuál es, señor?

—Hágame la lista de los muertos. Recójales las placas de identificación y sus objetos personales. Mientras tanto, y procurando que no se alarme la gente, vea cómo van los heridos. Dígaless también que el ametrallador Eskin sabe pilotar el aparato y que él nos llevará a buen puerto. Eso les calmará.

Waverley hizo un guiño amistoso al teniente y se retiró, cerrando tras sí la puerta de acceso, entretanto Marko se quedaba allí, tratando de conducir aquel bimotor de la mejor manera posible. No iba mal, pensó. Pero es que en realidad no era demasiado difícil mantenerse en el aire con el aparato ya en marcha. Lo difícil sería

cuando llegase el momento del aterrizaje.

—Eskin —le llamó—. ¿No se te ha ocurrido a ti volar nunca junto al asiento del piloto?

—No, señor. Nunca pensé que pudiera presentársenos un caso como este. Ahora lo lamento de veras, señor.

—Sí. Y yo también —murmuró, amargamente, Marko—. Si supiera cómo se saca el tren de aterrizaje...

Pero de repente el muchacho le asió del brazo, señalándole algo a lo lejos. Darby siguió la dirección del índice de Eskin, y frunció el ceño:

—¿Qué será aquello?

Se divisaba una mancha amarillento-grisácea que ocultaba por completo el horizonte en toda su amplitud, elevándose muchos millares de metros sobre la tierra. Más súbitamente, como una revelación, Marko adivinó de qué se trataba.

—Una tormenta de arena —murmuró, agregando a continuación—: ¡Lo que nos faltaba!

El avión volaba a gran velocidad, y el *simoun* también la tenía, pero su dirección era la opuesta, de modo que pronto notaron sus efectos en los primeros balanceos del aparato; la presión del aire se reflejaba en la palanca de profundidad, así como en los pedales de dirección.

—¿Cómo va eso, teniente? —entró en aquel momento Waverley.

—No muy bien, como puede apreciar, sargento. ¿Hizo ya todo lo que le ordené?

—Sí, señor. Los muertos, son el cabo Smudger, y los soldados...

—Ya me lo dirá luego, Waverley. Ahora vuelva allí y procure mantener la moral de los hombres. No deje adivinar que vamos a pasar un trago bastante difícil.

—Haré lo que pueda, señor —pero su tono no tenía ninguna firmeza.

Antes casi de que Marko se hubiera dado cuenta, ya se había metido en el área de la tormenta de arena. Una agobiante semioscuridad envolvió el aparato, que empezó a gemir y a chillar como si se tratara de una criatura dotada de vida, cuando sintió en su estructura las fuertes presiones a que era sometido. La arena, elevada por el huracanado viento a varios miles de metros de altura, chocaba contra las metálicas superficies en infinidad de minúsculos impactos, formando un estruendo que impedía todo contacto auditivo. Al mismo tiempo se filtraban por todas las rendijas, así como por el orificio abierto por la bala que disparó el demente piloto, envolviendo en sus amarillentas volutas a los dos hombres

que había en la cabina, haciéndolos toser y estornudar, mientras sujetaban con todas sus fuerzas los timones, procurando conservar el avión en vuelo.

Durante un larguísimo espacio de tiempo que a Marko se le hizo inacabable, el avión navegó dando tumbos en la enfurecida atmósfera, bailando frenéticas y alocadas danzas, crujiendo siniestramente por todas partes, sin que ninguno de sus ocupantes divisara nada en la opacidad absoluta que les envolvía, impidiéndoles la visión más allá de los cincuenta metros. Y al fin, cuando menos se lo esperaba Darby, uno de los dos motores comenzó a toser de un modo alarmante.

Marko miró en el salpicadero, queriendo averiguar inútilmente la causa del jadeo del motor. Contrajo sus manos, como si quisiera llevar el aparato únicamente con ellas y luego notó instintivamente que descendían, al mismo tiempo que gruesas gotas de sudor brotaban de su frente, formando arroyuelos que, resbalando por sus mejillas, desaparecieron en el cuello de la camisa.

Bruscamente, sin transición alguna, la luz del día le deslumbró haciéndole cerrar los ojos. Y cuando los abrió, se le erizaron los cabellos.

A menos de doscientos metros de distancia, se veía el suelo. Pero ya no era un suelo arenoso, sino de piedras, áspero, irregular, inhóspito, hacia el que, inexorablemente, se encaminaba el «Dakota» a más de trescientos kilómetros de velocidad a la hora, sin que Marko pudiera evitarlo a pesar de sus desesperados esfuerzos.

CAPÍTULO II

Eran dos hombres los que, sentados en unos almohadones de diversos y lujuriantes colores, estaban sentados frente a frente, sorbiendo sendas tazas de té, mientras que, en sus respectivos ceniceros, humeaban los aromáticos cigarrillos egipcios, cuando no estaban en los labios de sus dueños. Los dos iban vestidos a la usanza árabe, más en uno de ellos, a pesar de que su rostro estaba habilísimamente tizado, había algo que lo denunciaba como europeo, y eran unos ojos singularmente pálidos, hasta parecer los trozos de hielo reflejando el gris azulado de los cielos nórdicos. Desaparecido el turbante se le hubieran podido apreciar igualmente unos enmarañados cabellos de clásico rubio teutón, pero el hombre ya tenía buen cuidado de que no se le desprendiera aquella prenda de cabeza indispensable en aquella parte del continente africano.

En cambio, a su interlocutor no le hacían falta afeites para que su fisonomía proclamara a gritos su auténtica estirpe árabe. Moreno el color, negrísimos los ojos, toda la cara, angulosa en los pómulos, conocía el pulcro afeitado diario, a excepción de un delgado bigote y una minúscula perilla del color del carbón. Su atuendo era parecidísimo al del hombre que tenía enfrente.

Durante un buen rato, permanecieron en silencio, saboreando repetidamente el té, en el que se desmayaban las esmeraldinas hojas de menta, y expulsando con visible expresión de agrado, el perfumado humo del tabaco. Más al fin, el europeo, revelando de forma inconfundible, el espíritu de la raza blanca, siempre propensa a evitar los rodeos innecesarios, aun considerando en aquel caso que no se hallaba en su tierra, tomó la palabra.

—Akmed Akbar —dijo—: esta bebida es excelente, riquísima. Los cigarrillos constituirían una delicia aun para los mimos dioses del Walhalla. ¡Ach! Pero no puedo permanecer disfrutando eternamente de estas delicias. Tengo, y tú lo sabes bien, una misión que cumplir.

A los oídos de cualquier profano, el árabe en que se había expresado el europeo parecería perfecto. Y cualquier beduino o tuareg, diría que sus palabras pudiera haberlas pronunciado el mismísimo Mahoma. Pero a los tímpanos del llamado Akmed Akbar no se le habían escapado las germánicas inflexiones del acento de su invitado, difícilmente ocultable por muchos esfuerzos que hiciera

aquel.

—Vosotros, los cristianos, estáis aquejados de un mal que os consume. La prisa. ¿Qué importancia pueden tener unos minutos, unas horas, en la extensión de una vida? ¿Crees, *Herr von Radenstein*, que ganarías algo práctico con empezar a discutir ahora mismo? ¿Crees que lograrías apartar a un lado el inmutable dedo de Ala, que ya tiene señalado lo que va a suceder?

Von Radenstein procuró evitar el que sus pensamientos se tradujeran en inteligibles palabras. La filosofía árabe hubiera salido muy mal parada. Procuró atemperarse:

—Tienes muchísima razón —asintió—. Pero has de tener en cuenta que mis superiores me apremian, me azuzan para que lleve a buen fin la misión que me han confiado y en la que tú eres pieza esencial.

—No dudo que ese permiso te será concedido, pero al mismo tiempo has de comprender que yo no soy el dueño de N'Daggar y que sobre mi hay alguien en cuyas manos está la decisión final.

El germano tomó un cigarrillo de la taraceada caja que los contenía, eligiéndolo con todo cuidado y tras encenderlo, miró a Akmed, a través de las azuladas espirales:

—Cuando quieres, Akmed, tu oratoria es irresistible máxime en este caso en que tantos y tantos beneficios os reportaría a ambos, a ti y a la princesa y que, a la postre acabarían por redundar en tu sola utilidad.

—Lo veo muy difícil, capitán. Y lo digo porque Aleesha es muy celosa del bienestar de sus súbditos. En N'Daggar se vive feliz, pacíficamente, sin las perturbaciones que trae consigo la guerra, y en la que sería muy probable nos viéramos envueltos, de acceder a tus pretensiones. Aleesha antepone la felicidad de su pueblo a la suya propia.

Volvió a inhalar el humo del cigarrillo el germano, exhalándolo en tanto hablaba:

—Esos sentimientos son muy de elogiar, pero yo tengo una misión que cumplir y, si no la logro por las buenas, tendré que realizarla de otra manera. No obstante, y en cuanto pueda, debo evitar la violencia y para eso te tengo a ti. Akmed. Tienes labia suficiente para convencer a Aleesha de nuestras pretensiones, añadiendo que todo aquello cuanto pida como recompensa le será otorgado sin titubeos. Respecto a ti, sería adecuada al éxito que obtuvieras y nunca tendríais quejas de nosotros.

El árabe agitó desdeñosamente la mano, como si le repugnara hablar de asuntos tan prosaicos como la cantidad a percibir, pero

procuró que su colocutor no adivinara el chispazo de codicia que había brillado una fracción de segundo en sus ojos.

—Somos buenos amigos y si un amigo me pide un favor, ¿qué puedo hacer sino obedecer? Serás complacido, *Herr* von Radenstein.

Runert, barón von Radenstein, capitán de Estado Mayor, y oficialmente L.55 en la Abtvehr¹, sonrió para su capote. Si sus planes salían a medida de sus deseos, se vería condecorado, ascendido y mimado por sus jefes. Claro que tales triunfos no son de los que se publican, pero el alemán no tenía el defecto del exhibicionismo. Su profundo sentimiento patriótico se lo impedía, y por ello procuraba cumplir celosamente con su deber, sin que nada ni nadie le apartara de ello. Le bastaba con que algún día, una persona situada en un lugar muy alto le recibiera y le impusiera al cuello la máxima recompensa, cosa de la que estaba seguro si aquel árabe secundaba en un todo sus planes. Y para concluir de convencerlo, remachó el clavo con unas sutiles, insinuantes frases:

—Muy amable por tu parte, Akmed, pero me gustaría hacerte una observación, Aleesha gobierna N'Daggar, es cierto. Tú, por la ley de este pueblo, así como por ser descendiente directo del Profeta, has de casarte algún día con ella. La estirpe de Aleesha no debe extinguirse. Por lo tanto, tienes algún influjo sobre ella y debes aprovecharlo para decirle que nuestra ocupación sería transitoria, únicamente durante el tiempo que dure la guerra, sin pedirnos nada más. Cuando esta acabe con nuestra inevitable victoria, nos iremos de aquí, no sin demostraros palmariamente nuestro agradecimiento.

—Falta una cosa, capitán. Aleesha tiene un Consejo de ancianos que la ayuda a gobernar. No hace nada sin su asesoramiento. ¿Crees que estos accederían?

Von Radenstein agitó la mano desdeñosamente:

—Si convences a la princesa, ¿qué harán esos carcamales que no sea agitar la cabeza de arriba abajo? Eso es cosa que no nos debe preocupar. Ella es el objetivo principal. Salvando este obstáculo, todo lo demás está resuelto ya de antemano.

—Consideraré tus proposiciones, capitán, Han sido muy interesantes y con sinceridad te diré que has conseguido turbar la paz de mi espíritu, tan alejado de toda idea codiciosa o de medro.

De nuevo soltó el alemán otra carcajada en su interior. ¡Menudo pájaro estaba hecho el tal Akmed! Estaba seguro de que no solo ambicionaba la mano de la princesa, sino ser el dueño de aquella maravilla geológica perdida en el corazón del Sahara y por tanto, si

Aleesha se resistía a casarse con él a pesar de la prescripción de la ley de N'Daggar, no vacilaría en pasar por encima de ella, al precio que fuera. Pero todo esto le tenía sin cuidado al alemán. Lo que le interesaba era salir adelante, cumplir con la misión confiada. Conseguido tal propósito, el conflicto sentimental entre Aleesha Akmed le traía sin cuidado. Que se arreglasen como pudieran y si uno o los dos morían, peor para ellos. Lo que buscaba era conseguir el permiso para...

La voz del árabe interrumpió sus cogitaciones:

—Debemos retirarnos ya. Mi «primo Alí» debe de sentirse muy cansado todavía, después de la dura travesía del desierto, ¿no?

Sonrió afirmativamente von Radenstein:

—En efecto. La falta de agua me ha hecho padecer mucho —y se levantó, desperezándose después: la forzada postura en que había permanecido tanto rato. Continuó—: No dejes de pensar en mis proposiciones, «querido primo» —y subrayó las palabras.

Akmed hizo una inclinación reverente, más no había concluido todavía de enderezarse, cuando su sonriente expresión se endureció súbitamente, dejando escapar sus ojos una serie de amenazadores destellos. Von Radenstein iba a hablar, más el árabe le impuso silencio con perentorio ademán y avanza hacia la cerrada puerta de la estancia, que abrió repentinamente, ante la evidente sorpresa del germano.

Pero todavía fue mayor esta cuando un cuerpo, al faltarle el punto de apoyo, rodó por el suelo.

—¡Cierra la puerta! —ordenó, secamente, Akmed.

El alemán, comprendiendo rápidamente, cruzó la estancia en dos saltos, y apoyó su espalda en el panel que acababa de hacer girar, mientras el árabe aplicaba un violento puntapié al hombre que, muy a su pesar, se había introducido en aquel antro de conspiradores, derribándolo antes de que tuviera tiempo de ponerse en pie.

Akmed podía haber dicho y sostenido que era un hombre pacífico y nada codicioso, pero el pensar que aquel a quién suponía un espía podía haberse enterado de la conversación sostenida, le sacaba de quicio. De modo que lo asió con las dos manos de la ropa, levantándolo en vilo y gruñéndole como un dogo que se ve repentinamente atacado:

—¿Qué hacías tú aquí? ¿Quién te ha enviado a escuchar lo que hablábamos?

—No... no sé nada —gimió el hombre, aterrorizado, palideciendo, empezándosele a perlar la frente en infinidad de gotas

de sudor—. Pasaba... pasaba casualmente cerca...

—Y te paraste a oír nuestra conversación, ¿verdad? —le interrumpió, sarcásticamente, Akmed.

—¡No! ¡Lo juro por Alá!

Alguien se interpuso entre los tíos. Von Radenstein, que miró fijamente a Akmed:

—No podemos correr el menor riesgo —el tono de su voz era frío, impersonal, como si estuviera dictando una carta a su secretaria.

Akmed sonrió duramente, asintiendo:

—Tienes razón, primo. El menor paso en falso nos haría rodar por la pendiente que conduce a la desertión. ¿Qué es lo que haces cuando te encuentras un obstáculo que te impide el camino?

—Lo aparto, se trate de lo que se trate —fue la firme respuesta del «primo».

El prisionero comprendió lo que se tramaba. Vio, en un fugaz relámpago, la horrible suerte que le estaba destinada, y se esforzó por evitarla:

—¡No! ¡Callaré! ¡No diré nada! ¡Lo juro...!

Sonaron como dos latigazos en la habitación. Con una mano lo sujetaba Akmed, en tanto que con la derecha le cruzaba por dos veces el rostro, haciéndole brotar unas gotas de sangre de los labios.

—¡Inmundo hijo de una hiena! —rezongó—. Has admitido que escuchaste lo que hablamos, luego es verdad que nos espiabas. ¿Por cuenta de quién?

El hombre comprendió que él mismo se había metido en una trampa de difícil, por no decir imposible salida, pero movió la cabeza decididamente, de izquierda a derecha, denegando.

—Hablarás —exclamó Akmed—. Hablarás, aunque tenga que sacarte la verdad con tenazas candentes. ¿Quién...?

Descubierto ya, comprendiendo que no tenía salvación, comprendiendo que, aunque dijese la verdad, su suerte final sería la misma, el prisionero murmuró:

—Puedes emplear los medios que quieras, traidor entre los traidores, pero no hablaré. Si quieres matarme, hazlo. Más que yo perderás el tiempo y trabajarás en balde.

Y apenas hubo pronunciado estas palabras, hizo algo que llenó el corazón de Akmed de una profunda cólera, haciendo rebosar el vaso de su ira: le escupió al rostro. Mas inmediatamente, lanzó un gemido agonía.

Rupert von Radenstein era un hombre, como todos los de su profesión, duro, insensible ante las desgracias humanas y que no se

conmovía por más calamidades que presenciara, más en esta ocasión no pudo evitar el dar un paso atrás; en la diestra de Akmed, que se había hundido entre los pliegues de su chilaba, apareció un relámpago plateado que trazó en el aire fulminante semicírculo, degollando literalmente al prisionero, cuyo gemido de angustia y de dolor quedó instantáneamente cortado por el horripilante gorgoteo que salió de su garganta, junto con un río de sangre.

Akmed arrojó a un lado, con desprecio, aquel despojo humano, que todavía alentaba, pero que ya no era más que un cadáver. Luego se inclinó, limpiando la corva y afiladísima gümía en las ropas del muerto, cuyos espasmódicos movimientos eran cada vez más débiles. Y miró ceñudo al alemán:

—Es preciso que te vayas cuanto antes al cuarto que se te ha designado, *Herr* von Radenstein. Perdón. Mientras que estés aquí, he de acostumbrarme a llamarte primo Alí.

—Está bien. ¿Que qué harás con... con eso? —no quiso ni mirar al muerto, que yacía en medio de un lago rojo.

La sonrisa de Akmed era tranquila:

—No te preocupes. Dentro de muy poco se ocultará la luna. Ahora te voy a acompañar. Cerraré la estancia con llave, para que a ningún indiscreto se le ocurra echar una mirada. ¡Vamos!

Echaron a andar los dos, cerrando Akmed y guardándose la llave en uno de los innumerables pliegues de su ropa. El pasillo se hallaba apenas iluminado por unas lámparas de aceite, que eran simplemente concavidades talladas en la misma roca en que se había excavado el corredor. Veinte metros más allá, salieron a una amplísima estancia, iluminada por el mismo procedimiento, pero abundando más las luces. Era de forma aproximadamente circular, y había un diván y unas alfombras en uno de sus lados, levantado sobre un estrado rocoso.

Al fondo se abría una especie de gigantesca ventana en arco, sin vidrios ni cortinas que la protegiesen. El antepecho, totalmente liso en su parte horizontal, pulimentada como un espejo, tendría más de un metro de espesor y unos veinte de longitud.

Apoyada allí, contemplando melancólicamente el estrellado cielo, una mujer se hallaba en silenciosa, al par que inmóvil postura.

Salió de esta al advertir los pasos de los dos hombres que sin vacilar se dirigían hacia ella, inclinándose cuando estuvieron a su altura. Akmed fue el primero en hablar:

—Aleesha, mi primo Alí quiere expresarte su profunda gratitud por la benévola acogida que se le ha dispensado en N'Daggar.

Von Radenstein se quedó sin respiración al contemplar la maravillosa belleza de la princesa. No se extrañó de que, contrariamente a la costumbre, vistiera a la europea, moda mucho más práctica que la de las pesadas ropas árabes, y a la que Aleesha se había acostumbrado durante el tiempo que pasara en Suiza educándose, pero el alemán se dio cuenta de que mirarla demasiado fijamente podría ser, interpretado como signo de descortesía, impropio por completo del papel que estaba representando, y repitió la reverencia:

—Princesa, Akmed ha dicho solamente una ínfima parte de la verdad al expresar mi agradecimiento. Yo...

Más ella cortó el chorro de palabras que amenazaba con salir de la garganta del supuesto árabe. Conocía a sus compatriotas y sabía que cuando empezaban con florilegios verbales se eternizaban, y su educación occidental le había hecho desecharlos. Agitó la mano blandamente, y sus dientes destellaron a la luz de las estrellas al contestar sonriendo:

—No me lo agradezcas a mí, Alí, sino a la ley de N'Daggar que manda socorrer a todo el necesitado.

—Gracias, princesa. Gracias una vez más. Dispón de mi vida si así lo estimas necesario.

—Rogaré a Dios por que te la prolongue una infinidad de años —dijo Aleesha, indicando con estas palabras que daba por terminada la entrevista, ante lo cual los dos hombres, tras saludar por última vez, se retiraron.

—Esta es tu habitación —indicó Akmed cuando estuvieron en ella—. La puerta que ves enfrente da al baño.

—¡Himmel! —sonrió von Radenstein, soltando una exclamación muy poco acorde con sus vestiduras—. A lo que veo no os priváis de nada, Akmed.

—El que llevemos las mismas ropas que nuestros antepasados usaban hace veinte siglos no es óbice para que aceptemos las ventajas que puede ofrecernos la civilización. ¡Buenas noches!

Akmed hizo ademán de retirarse, pero le detuvo el alemán.

—Una pregunta —exclamó—: ¿Y...?

Una leve y apagada carcajada gutural brotó de los labios del árabe:

—Hay más de seiscientos metros en vertical desde la ventana de mi estancia al suelo del desierto. Cuando ese traidor termine el viaje, nadie podrá saber otra cosa, sino que murió por haber dado un paso en falso.

Y se alejó suavemente, sin ruido, en tanto que el teutón, después

de cerrar la puerta de su cubículo con todo cuidado, y escuchar atentamente para comprobar si se hallaba solo, se dedicó a deshacer alguno de los paquetes que había traído en su equipaje, «salvado providencialmente». Luego, una pequeña antena se extendió, asomando apenas un metro al exterior, y las ondas del éter empezaron a ser sistemáticamente sacudidas por una comunicación en Morse cifrado.

Como consecuencia de ello, el capitán Ulrich Kramer, del «Afrika Korps», con dos camiones repletos de soldados, amén de un carro blindado en vanguardia, salió en dirección a un lugar que se le indicó en el mapa y en donde recibiría instrucciones por radio.

CAPÍTULO III

Djemba, el león, tenía hambre. Hambre y sed, puesto que llevaba varios días perdido en el pedregoso desierto sin poder acercarse a su enorme bocaza un mal costillar de antílope, como los que a él tanto le gustaban. Famélico, delgado, hasta el punto de que los huesos parecían iban a rasgarle en cualquier momento el duro pellejo, era la viva estampa de la desesperación animal, cuando caminaba por aquellos lugares, sin encontrar otra cosa que arena y rocas, aparte de algunas raquílicas plantas a las que ni siquiera se molestaba en mirar.

Sí, llevaba ya demasiados días huroneando por aquel terreno, sin haber encontrado siquiera un ejemplar de Khuro, el buitro; aun siendo este un animal que en circunstancias ordinarias desdeñaba para su regia mesa, a causa de su carne correosa con penetrante olor a la carroña de que se alimonaba, en los momentos actuales le hubiera parecido un bocado exquisito. Por eso, gruñendo apagadamente, observó al que volaba a gran altura, describiendo unos cuantos círculos sobre él y continuó su camino, sin dársele un ardite el hecho de que Khuro esperara pacientemente el momento en que la vida huyera del cuerpo del rey de los animales, para satisfacer sus necrófagas ansias.

De vez en cuando Djemba se detenía para lamerse la desollada piel de una de sus plantas, excoriada por el violento contacto con una puntiaguda roca, lametones que, reseca sus fauces por la falta de agua, más dolor que alivio le producían. Luego seguía andando, olisqueando continuamente la ardiente atmósfera para ver si en sus soplos llegaban emanaciones que le indicaran la cercana presencia de Niita, el sabroso antílope que calmaría a un tiempo sus dos necesidades más perentorias; el hambre y la sed, tan torturantes la una como la otra.

Aquella tormenta de arena lo había hecho extraviarse y perderse muy lejos de sus habituales lugares de caza, donde el agua corría en innumerables arroyuelos de los que brotaban frescas canciones y a dónde acudían a abreviar sus infelices súbditos para tener el más que dudoso honor de ser devorados por él. Y caminando trepó a una roca más alta que las demás, desde donde, acucillado miró en todas direcciones sin advertir otra cosa que desolación y candentes olas de aire ondulando al ardiente contado del suelo.

Durante unos pocos minutos, Djemba permaneció extático, inmóvil, semejando una amarillenta estatua, coronada por negra melena, más de repente se enderezó y empezó a agitar nerviosamente la cola que golpeó repetidas veces sus escuálidos flancos.

Un lejano zumbido llegó hasta él. Djemba ignoraba la naturaleza del sonido, pero su instinto le hizo presentir que el fin de sus calamidades físicas no estaba lejos y un apagado ronquido, en guturales esferas, se escapó de su garganta cuando, saliendo de la tormenta de arena, cuya opaca mancha se perdía a lo lejos, un ave de raro aspecto, como él no había visto nunca, se presentó ante su campo de visión.

El pájaro parecía estar herido, puesto que su vuelo era irregular, oscilante. La larga lengua de Djemba salió de su natural alvéolo, paseándose por el exterior de su reseca boca, en un irreprimible movimiento de satisfacción al darse cuenta de que la lucha que iba a sostener con el pájaro no iba a ser muy larga ni sostenida. Un ave herida no puede hacer gran resistencia y la experiencia del león era harto grande para no adivinarlo al primer momento.

Pero el pájaro que descendía hacia el lugar en que se encontraba Djemba no era de la clase que él se suponía. Era otro de un género mucho más duro e incomedible, bien que en su interior portase seres con rica sangre y sabrosos músculos para devorar, los cuales estaban pendientes de las desesperadas maniobras del que ellos suponían conducía el aparato y que no era el ametrallador Eskin sino el teniente Marko Darby, que en su vida se las había visto más gordas, y que en aquellos momentos lamentaba no haber seguido los consejos de un su amigo que, antes de la guerra, le recomendó siguiera unos cursos para obtener el título de piloto civil.

Pero no había lugar para lamentaciones, se dijo Darby, luchando desesperadamente por mantener el equilibrio del «Dakota». Si hubiera conseguido aquella licencia de vuelo, lo más lógico es que no hubiera ido a la academia de oficiales de Infantería, sino a la de Aviación y en aquellos momentos se hallaría pilotando un aparato muy lejos de allí. Ahora lo que interesaba era tratar de tomar tierra lo mejor posible, y aunque le importaba muy poco que el avión se hiciera migas, lo interesante era que todos salvaran el pellejo.

Demasiado aprisa caían. Averiado el motor de la derecha, el transporte tomaría contacto con el áspero suelo con espantosa violencia, por lo que Darby tiró hacia sí del timón de profundidad, notando instantáneamente el movimiento en horizontal del aparato, que contuvo durante unos instantes su marcha inclinada.

—¿Cómo se saca el tren de aterrizaje, Eskin?

—No lo sé, señor. No tengo la menor idea.

—¡Estamos apañados! —gruñó Marko para sus adentros, empezando a tocar botones y palancas al buen tuntún, sin conseguir otra cosa que quitar el gas al motor sano, con lo que inmediatamente reinó un helado silencio, únicamente interrumpido por el silbido del viento contra las alas y el fuselaje del aparato.

Marko se dispuso a lo irremediable. Ya estaban a muy poca distancia del suelo, afortunadamente para ellos menos rugoso en aquel lugar que en los otros sobre los cuales acababan de volar. Pero de todas formas, las rocas formaban un conjunto capaz de poner escalofríos en el ánimo del más hábil piloto. Sabía que había un micrófono para dar órdenes por el altavoz colocado sobre la puerta de acceso y lo descolgó:

—¡Atención todos! El ametrallador Eskin va a tratar de tomar tierra en este lugar. Sujétense bien y tengan en cuenta que no es una pista de cemento lo que tenemos debajo, sino un lugar en el que vamos a aterrizar forzosamente. Procuren conservar la serenidad. Es indispensable —y colgó, dedicándose de lleno al gobierno del aparato.

Este había vuelto a inclinar la cerviz, y Marko lo dejó en esta posición hasta que creyó llegado el momento oportuno, que fue cuando le pareció que la tierra le iba a entrar por el mismísimo parabrisas. Y entonces dio un brusco tirón hacia sí de la palanca que movía el timón de profundidad.

El «Dakota» pareció como si fuera a remontar el vuelo. Tomó la posición horizontal, pero perdiendo altura constantemente, y Marko pensó que de todas formas la velocidad era excesiva. No teniendo la menor idea del pilotaje, no trató siquiera de buscar la palanca de los «flaps» o frenos, que hubieran reducido notablemente la marcha y por tanto las posibilidades de desgracia. Pero en aquel momento, el vientre metálico tocó el suelo.

El avión rebotó, dando un salto espantoso que hizo que Marko tocara casi con la cabeza el techo de la cabina y si no dio con él fue debido a que sus manos aferraban fuertemente el volante hasta blanquearle los nudillos. A continuación, se sintió arrojado con tremenda violencia hacia adelante, lo que le hizo ver las estrellas cuando su frente chocó contra el cristal del parabrisas que resistió perfectamente el impacto.

Arrastrándose de mala manera, saltando, brincando como si fuera un animal vivo poseído de repentina locura, proyectando fragmentos de hélices, de alerones, de su estructura, el «Dakota»,

con impresionante fragor continuó su camino, dejando tras sí ancho rastro, amén de una enorme polvareda. Hasta que, al fin, levantando la cola hasta el punto que pareció ir a dar la voltereta, se detuvo, volviendo a caer pesadamente, para recobrar la horizontal, una horizontal quebrada y astillada, en cuya posición quedó, convertido ya en una ruina, definitivamente.

A cincuenta metros del siniestro se encontraba Djemba, asustadísimo por el espantoso ruido con que se había posado sobre la tierra aquel enorme y gigantesco pájaro, de una naturaleza desconocida hasta entonces por él, pero cuando se desvaneció el trueno que conmovió la atmósfera, el león volvió a recobrar su presencia de ánimo, irguiéndose de nuevo y agitando amenazadoramente la cola.

Marko agitó la cabeza, para alejar la neblina que comenzaba a envolverle el cerebro, y sintiéndose, a excepción del golpe en la cabeza, en perfecto estado físico, miró hacia la derecha, viendo que Eskin, trataba de incorporarse.

Ayudólo, al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Se encuentra bien?

—Sí... Gracias, teniente. No creo que nuestro piloto, si hubiera vivido lo hubiese hecho mejor que usted.

—Gracias, pero no me elogie a mí. Solo Dios ha podido conducir el avión de esta manera. Salgamos a ver qué ha sido del resto de la gente.

Salvo fuertes contusiones, todos se encontraban en buen estado. Un coro de agradecidas palabras saludó a los dos hombres que salían en aquel momento de la cabina, los cuales se quedaron de piedra cuando Waverley exclamó:

—¡No es a Eskin a quién tenéis que dar las gracias, muchachos! El teniente Darby ha sido quien ha pilotado el avión y...

Pero el aludido cortó, no solamente la palabrería de Waverley, que amenazaba hacerse interminable, sino las exclamaciones de júbilo y reconocimiento que empezaban a resonar en el interior de la cámara. Alzó ambas manos, y cuando el silencio se hubo impuesto, dijo:

—Tenemos ahora que cumplir un deber. Un primordial deber. Enterrar a nuestros muertos. Es nuestra primera obligación y cuando lo hayamos hecho, discutiremos nuestra situación y el modo de salir de ella. ¡Waverley!

—Diga, señor.

—Tome los hombres que precise y dé sepultura a estos infelices. Entretanto yo me ocuparé de ver los medios de que disponemos.

—A la orden, señor —y el sargento comenzó a citar una serie de nombres, respondiendo los interesados, uno de los cuales, sin saber el peligro que corría, abrió la puerta, por la que penetró a raudales el fulgor del sol.

Rugió apagadamente una vez más Djemba. Allí había sangre, carne fresca. Pronto no sería más que un lejano recuerdo el hambre y la sed que padecía, pero no quiso gruñir más, para no espantar la caza, que parecía no haberle advertido. Y comenzó a caminar hacia allí, aproximándose con cuidadosa y calculada lentitud, procurando usar de toda la astucia que le sugería el instinto, que le decía que aquellos seres no se entregarían sin lucha.

Bruscamente, Djemba se envaró. Dudó un momento, porque a su mente vino el recuerdo de un campamento de nómadas tuaregs que asaltara; se apoderó de uno de sus componentes, pero los demás, con unos largos palos que escupían fuego, tronaron contra él. Y una de aquellas llamas debía de tener en su interior algo diabólico, porque Djemba sintió inmediatamente un rayo de fuego atravesarle, aunque solamente por la superficie, una paletilla, lo que le hizo volverse airado, enfurecido, para lanzar un rugido de desafío a quienes osaban hacerle frente y que, amedrentados por su espantoso aspecto, retrocedieron más que a la carrera, dejándole llevarse el targui que constituyó su cena aquella noche, y la evocación del cual, el delicioso sabor de su carne, acudía insistentemente ahora a su hambriento paladar. Rugió, atronando el espacio, e inmediatamente se lanzó hacia adelante, en saltos de más de diez metros de longitud, como si en lugar de patas; poseyera elásticas ballestas.

No hay nada más aterrador, más espantoso, más terrorífico que la visión de un león enloquecido por el hambre cargando con toda su tremenda fuerza sobre un hombre, y así lo comprendió el soldado John T. Marr, que ya había puesto un pie en el suelo y que, al escuchar el horrrisono rugido, volvió la cabeza, palideciendo al ver a la fiera que ya estaba a menos de veinte metros de distancia de él.

Marr retrocedió, aullando empavorecido, tratando de introducirse de nuevo en el avión para cerrar tras sí la puerta, pero su movimiento fue impedido por el grupo de soldados que estaban saliendo y que, todavía sin saber exactamente de qué se trataba, le impidieron inconscientemente su salvación.

El soldado Marr comprendió que ya no tenía tiempo de refugiarse. Le pareció que los rugidos del león sonaban ya dentro de su cabeza y, decidido a hacer frente a su destino, se llevó la mano al cinturón, tratando, en un tardío movimiento, de sacar la pistola de

reglamento, más en aquel momento, los trescientos kilos de músculos, garras y dientes de Djemba cayeron sobre él. Un solo zarpazo bastó para destrozar la cabeza del soldado, con la misma facilidad que si se hubiera tratado de una cáscara de nuez.

Algo restalló, quemándole los lomos y el león se revolvió enfurecido por el dolor del balazo que solamente había conseguido herirle a flor de piel, al resbalarle sobre una costilla. Un nuevo salto le llevó casi al interior del aparato, dentro del cual había un pandemónium de gritos e imprecaciones verdaderamente espantoso, y el soldado que había usado su rifle sintió cómo le volaba de las manos sin darse apenas cuenta de ello.

Fue su última sensación en este mundo, porque inmediatamente la vida se le escapó por las anchas heridas que, del pecho al fin del abdomen, le abrieron las enormes y aceradas garras de Djemba, furiosísimo por la herida y excitado tremendamente por la conjugación del hambre con el cálido vaho de la sangre derramada.

Una serie de llamas brotó en la semioscuridad del interior del avión, cuando alguien, más decidido que los demás, agarró una «Thompson» y, apoyándola en la cadera, trató de regar con balas el cuerpo de la fiera, cuyos incesantes rugidos continuaban poniendo espanto en el ánimo de los soldados. Pero más de la mitad de las balas se perdieron en el espacio a causa de la natural deficiencia en la puntería del tirador, y el resto perforaron el cuerpo de otro G. I. [2](#) interpuesto muy a su pesar, ya que había sido presa de las patas de Djemba: de esta forma y sin saberlo, el león se procuró un escudo contra aquella rociada de proyectiles que a no ser por aquella infortunada circunstancia hubiera acabado con su vida.

Chilló, grito el desgraciado soldado. Aun sintiendo en sus carnes las crueles desgarraduras de las uñas del león y de las balas tuvo la suficiente presencia de ánimo para sacar el cuchillo que llevaba a la cintura. Pero no pudo hacer más que unos rasguños en la amarillenta piel, y esto no contribuyó precisamente a pacificar a Djemba, que ya había perdido la razón por completo, olvidándose de sus necesidades físicas y sintiendo únicamente unos irreprimibles deseos de morder y desgarrar, fuera como fuera.

Los alaridos del G. I. se apagaron cuando, a pesar de sus esfuerzos, una dentadura de hierro se cerró sobre su garganta. Un seco movimiento bastó a Djemba para quebrar las vértebras del hombre como si hubieren sido de papel, más en aquel momento un aluvión de tiros cayó sobre él.

Los dardos de fuego le atravesaron por todas partes, por lo que Djemba comprendió que allí no se estaba bien, ni mucho menos.

Una repentina debilidad le invadió y durante un instante flaquearon sus patas, pero su nervio era fuerte y aunque empezó a batirse en retirada, continuó rugiendo, enseñando los colmillos y dando zarpazos al aire, en tanto que los soldados continuaban disparando encarnizadamente contra él, pero debilitada la puntería, no conseguían otra cosa que causarle superficiales lesiones y enfurecerle más y más.

Djemba se quedó mirando los hombres, sin cesar de ensordecen el espacio con sus protestas, pero en aquel momento, en la parte alta de aquel pájaro cura visión le había hecho prometérselas tan felices, apareció uno de sus odiados enemigos.

Algo tenía el teniente Darby en la mano. Un metálico huevo, estriado a veces, cuya anilla arrancó de un brusco tirón. Aguardó unos segundos y acto seguido lanzó la granada contra la fiera, arrojándose inmediatamente de bruces sobre la parte exterior del techo del avión, para escapar a los demoledores efectos de la explosión, que resonó estruendosamente apenas se había tendido.

Djemba contempló con curiosidad aquel oscuro huevo que cayó rodando hacia él, y alargó una pata para golpearlo, pero inmediatamente aquello se transformó en una llama anaranjada y escupió un trueno aterrador que lo golpeó como si hubiera sido el puño de un gigante, derribándolo al mismo tiempo que sentía un lacerante dolor en la pata, la cual le pendía épicamente por unos colgajos de piel y tendones.

Se levantó para volver a caer notando que la debilidad que le había acometido iba en progresivo aumento. Sus mismos rugidos eran menos potentes y animados por esto, los soldados, saltando sobre los destrozados cadáveres de sus propios compañeros, se decidieron a salir del avión, disparando locamente sobre el león.

Djemba se acostó. Sentíase infinitamente fatigado, débil, sin fuerzas, Un velo rojizo comenzó a interponerse entre él y las figuras que hacían brotar incesantes llamas de sus palos de fuego, más cortos que los que él conocía y regurgitó una baba llena de sanguinolentas burbujas, cuando intentó gritarles una vez más su desafío. Pero al fin, tres o cuatro golpes secos en su cráneo, que pareció estallarle, le cegaron definitivamente, y la altiva melena, cubierta de sangre se extendió inmóvil por el suelo.

Hubo unos momentos de silencio, tan atronador o más que la serie de ruidos que habían sacudido el espacio, precisamente por el contraste tan agudo con estos, y al fin, Marko Darby, cayendo directamente al suelo, desde el lugar en que arrojara la granada de mano, fue el primero en romperlo.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¡Qué carnicería!

—¡Y pensar que esto lo ha hecho solamente un animal! —comentó a su lado, intensamente pálido todavía, el sargento Kilbur Waverley.

—¡Pero qué animal Dios mío! Si hubiera tenido un compañero acaba con todos nosotros.

Marko miró tras sí. Tres cadáveres, tres sangrientos despojos de otros tantos muchachos, que cinco minutos antes se hallaban en la flor de su vida, yacían en el suelo, poniendo una trágica nota en rojo, contra el gris amarillo de las rocas. Meneó la cabeza, pensativo, y de repente tuvo que apoyarse en el fuselaje del aparato, para combatir las náuseas que por segunda vez en aquel más que accidentado viaje, le acometían haciendo que las piernas le parecieran de gelatina.

Cuando se repuso, llamó:

—¡Waverley! Recoja los objetos personales y las placas de identificación de estos desgraciados. Tendremos que enterrar a todos cuanto antes.

—Sí, señor —y el sargento requirió el auxilio de todos los hombres que estaban sanos, al mismo tiempo que decía—: Este suelo es rocoso y con los limitados medios de que disponemos, el trabajo de excavar será muy difícil.

—Tiene razón. Waverley. Y además nos haría perder un tiempo precioso. Duro es decirlo, pero debemos, usted y yo, procurar por los vivos. Por los otros... solo Dios sabe lo que ha de ser de ellos.

—Veo allí una pequeña cárcava, teniente —indicó el sargento. Marko miró en la dirección que le indicaban, y avanzó hacia tal lugar, aprobando luego la idea.

—Depositaremos aquí los muertos, cubriéndolos con rocas. Es lo mejor y más rápido, y de esta forma evitaremos que los animales que se alimentan de cadáveres puedan desenterrarlos, como ocurre a veces, cuando solo hay una capa de arena encima.

—Me parece muy bien, señor. Ahora mismo pondremos manos a la obra.

Una hora después, Marko se descubría y, rodeado por los supervivientes, rezaba unas preces por las almas de los que habían muerto, cuyo paso quedaba señalado por una roca mayor que las demás, colocada verticalmente. Al pie de ella se había enterrado una cantimplora conteniendo un papel en el que se hacía constar los nombres, condición y fecha de los fallecidos, así como las causas de sus muertes. Y cuando el fúnebre acto hubo terminado, Darby ordenó que todo el mundo se refugiara en el interior del aparato, en

el que, si bien hacía un sofocante calor, al menos tenía la ventaja nada despreciable de ofrecer una pantalla sombría contra los abrasadores rayos del sol.

—De la dotación del aparato solamente queda uno. Nosotros éramos veinticinco, de los cuales, muertos el capitán, el cabo Smudger y seis soldados más, quedamos diecisiete. Dieciocho hombres en total, dos de ellos heridos. Uno, Simpkins, podrá andar, puesto que el balazo que recibió no se lo impide. En cuanto a Karakian, el proyectil le atravesó el muslo y por lo tanto está imposibilitado de andar. Construiremos una especie de parihuelas para que las lleven entre cuatro hombres, que se relevaran oportunamente y de lo cual únicamente Simpkins estará excluido. Yo mismo me turnare cuando me corresponda.

—¿Qué prefectos tiene usted, señor? —preguntó el sargento, ante la expectación de los demás hombres.

—Caminar —replicó resueltamente—. Lo haremos de noche, porque durante el día, a partir del momento en que el sol se eleva sobre el horizonte, se hace imposible la marcha. El agua y los víveres serán rígidamente racionados y si hay alguna excepción en ello se hará con los heridos.

—¿De dónde piensa sacar el agua, señor? —preguntó Eskin.

—De los refrigeradores de los motores. No es mucha y no creo que tenga muy buen sabor, pero menos es nada. Procuren no fumar. El tabaco da sed. Llevaremos todas las armas individuales de cada uno, procurando que sean los ametralladores. Los rifles que sobren se quedarán aquí, destruidos previamente.

—Podemos incendiar el avión —sugirió Waverley.

—No —se opuso Marko—. La humareda se elevaría muy alta y podría divisarse a gran distancia. Contra la ventaja de que nos descubran los nuestros, existe el inconveniente de que lo hagan los hombres de Rommel, y esto no nos conviene en forma alguna.

—¿Dónde nos ocultaremos durante el día, señor?

—Hay lonas y tendremos sombra. Esto si no encontramos, como espero, anfractuosidades rocosas que nos ayuden a ocultarnos. Si las cosas nos van bien, antes de tres o cuatro días nos hallaremos en lugar desde el que podamos ser vistos por nuestros aviones y ser recogidos. La decisión que tomo no es definitiva —añadió Marko—, hasta no contar con vuestra tal aprobación. Aceptaré con mucho placer toda sugestión encaminada a mejorar nuestro plan de marcha —y al decir esto miró los rostros de sus hombres.

Y cuando las estrellas comenzaron a parpadear en el cielo, la pequeña columna se puso en marcha, llevando entre cuatro

hombres al que no podía valerse por sí mismo.



El avión picó sobre ellos.

CAPÍTULO IV

Aleesha se acercó al mirador en el que estuviera apoyada la noche anterior, como la mayoría de ellas, contemplando una vez más el espectáculo del calcinado desierto, que se perdía, infinito, a lo lejos, en interrumpidas ondulaciones desiguales, y su bien formado seno se agitó al expeler su pecho un melancólico suspiro.

Tenía que casarse con Akmed. Era inevitable, sí lo exigía la Ley de N'Daggar. La estirpe de Aleesha no podía extinguirse y debía dar a su pueblo un heredero que, un día, gobernase aquel pequeño mundo perdido en el corazón del Sahara. Pero Aleesha no estaba satisfecha con su suerte.

No amaba a Akmed. Le tenía por buen amigo, conocido de ella desde que tuviera uso de razón, pero todos sus sentimientos hacia él se limitaban a eso: a una buena y sincera amistad que, para ella, no era causa suficiente para contraer un matrimonio, por muy poderosas razones de Estado que lo prescribieran. Y aunque con fútiles motivos había postergado la boda, comprendía que llegaría el momento en que las excusas no bastaran y tendría que entregarse en sacrificio por el bienestar de N'Daggar, cosa a la que estaba dispuesta, pero que no por ello dejaba de estremecerla cada vez que pensaba en ello. ¿Por qué había de casarse sin estar enamorada?

Sintió pasos a su espalda y se volvió:

—¡Ah! ¿Eres tú, Akmed? ¿Qué te trae por aquí?

—¿Te he asustado? —sonrió él.

—No. ¿Por qué lo dices?

—Me pareció ver en ti un movimiento de sobresalto cuando me acercaba.

—Es probable. Estaba ensimismada en mis pensamientos y tu llegada me sacó bruscamente de ellos.

Akmed habló, no sin que antes pareciera meditar las palabras que iba a pronunciar:

—Observo, desde hace bastantes días, pues amándote como te amo, no dejo de estar pendiente de ti ni un solo momento, que pareces algo triste, melancólica. Un poco... no sé cómo explicarme. Tú eras antes la viva imagen de la alegría y la felicidad y, ahora, has cambiado notablemente. ¿Sería indiscreto por mi parte tratar de averiguar las causas de esa melancolía?

Los negrísimos cabellos de Aleesha se agitaron suavemente al

sonreír en tanto denegaba con leves movimientos de cabeza:

—Eres muy bueno por tu parte al interesarte por mi salud espiritual, Akmed, pero no estoy triste. Quizá lo que más se aproxime a mi estado de ánimo es la melancolía, más tampoco es esto exactamente. Es... es... No sé. No sabría decírtelo.

—¿Deseas amar, Aleesha? Sabes que yo te amo con todas las potencias de mi corazón desde que te conozco. Yo seré quien...

—Dejemos esto, Akmed. Sé que un día seré tu esposa, pero en este momento no me siento inclinada a tocar ese tema. Te ruego me disculpes. Compréndelo.

Inclinó el hombre la cabeza respetuosamente, sin que ella, con la vista en el desierto, se diera cuenta del relámpago de sus ojos que indicaba la decepción que acababa de sufrir, pero que, con oriental astucia disimuló perfectamente. Carraspeó un poco antes de hablar y Aleesha lo miró con curiosidad.

—¿Querías decirme algo más, Akmed? —inquirió.

El hombre simuló vacilar y al fin se decidió:

—Una de las causas de tu tristeza, de tu melancolía, que lo son, permíteme que te contradiga, es hastío, el infinito hastío que se siente inexcusablemente en N'Daggar, a pesar de la innegable belleza y poesía de nuestro pueblo, el más bello de la tierra. Pero yo tengo en mis manos el remedio para tus males psíquicos.

Arqueó ella levemente una ceja, en gesto interrogador:

—¿Sí? ¿De veras? Y, ¿cómo te las arreglarías para ello, Akmed?

—Conozco una poderosa nación europea —dijo—, una nación situada al Norte, que se sentiría muy orgullosa de contarte como su aliada. Todo cuanto pidieras te sería concedido sin más que insinuarlo, Aleesha. N'Daggar vive como si los siglos se hubieran detenido en los umbrales de la Puerta del sol. Debes modernizarlo, hacer que se ponga a tono en la actual civilización, que tus súbditos —no miento al decir que te adoran—, sepan de cuántas ventajas disfrutarían si esa nación fuera tu protectora, una vez concedido el oportuno permiso.

—¿Mi protectora? ¿La protectora de N'Daggar? A fe que usas palabras un tanto oscuras, Akmed, por más que vislumbro una lejana claridad a través ellas. ¿De qué y contra qué tiene que protegerse N'Daggar? ¿A quién he de temer yo para solicitar tal protección?

—A nadie, es cierto —repuso Akmed, empleando el tono más humilde que supo hallar—. Pero la palabra «protección» es únicamente un delicado eufemismo que usaríamos para evitar que otras naciones, absorbentes, tiránicas, dominadoras, pusieran sus

ojos en N'Daggar, haciéndonos perder la incomparable felicidad de que hasta ahora hemos gozado gracias a nuestra absoluta independencia, Solamente a cambio de esto, la nación a que me refiero te concedería cuanto pidieras con absoluta generosidad y discreción.

Aleesha miró curiosamente a su interlocutor:

—Mucho dar me parece para adquirir un simple título. Akmed, tú y yo nos conocemos desde hace muchos años. ¿Qué misterio encierran tus palabras, Akmed?

Comprendió este que no tenía otro remedio que descubrir sus intenciones.

—No ignoras que el mundo se halla envuelto en una terrible conflagración, Aleesha. N'Daggar es inexpugnable desde el suelo, siendo suficientes veinte hombres decididos para, desde el desfiladero de la Puerta del Sol, contener a miles de atacantes. Pero en cambio, por el aire, no lo somos, no tenemos defensa. Con los medios corrientes, podríamos resistir un asedio ilimitado, toda vez que nuestros recursos naturales nos bastan, como tú muy bien sabes, para nuestra cotidiana subsistencia. En cambio, una docena de aviones, con veinticinco hombres cada uno en su vientre, bastarían para que, de libres pasáramos a ser esclavos, de señores a siervos. Por ello mis amigos te proponen les dejes usar el Valle de la Eterna Flor por el tiempo que dure la guerra e instalar en él una base para sus aviones, con los cuales estarías segura y N'Daggar viviría pacíficamente, sin temor a la invasión. Esos aviones permanecerían en constante alerta para defenderte automáticamente contra cualquier intento enemigo que amenazara con destruir nuestra paz.

—¿Solamente por eso nos serían concedidos todos nuestros deseos? —el rostro de Aleesha había adoptado una expresión inescrutable.

—Solamente por lo que te he dicho. Además, por mi mediación te garantizan que, una vez terminada la guerra con su inevitable victoria, N'Daggar sería evacuado por sus soldados, para que en muy pocos meses no quedasen rastros de su permanencia aquí.

Más Aleesha comprendió rápidamente lo que ocurriría. Se había educado a la europea, en Suiza, y su mentalidad era por completo occidental, aunque por necesidades de su rango, se viera constreñida a habitar aquel pueblo, hasta entonces absolutamente desconocido por el resto del mundo. Por ello comprendió instantáneamente que las pretendidas ventajas de que hablaba Akmed, no serían sino unas enormes, tremendas desventajas, e,

irguiéndose en la majestuosidad de su estatura, replicó a las maquiavélicas palabras que acababa de escuchar:

—Akmed, solamente nuestra entrañable amistad, el afecto que nos une, el hecho de que en fecha próxima haya de ser tu mujer por imperativo de nuestra ley, me impide darte la respuesta que a no tratarse de ti hubiera dado a otra persona que se hubiera atrevido a hacerme tales insinuaciones. Durante luengos siglos, N'Daggar y los que en él vivieron fueron felices, precisamente por su aislamiento del mundo. No toleraré que, durante mi gobierno, pierdan mis súbditos esas inapreciables cualidades, por aliarme con esa nación, por muchas ventajas que para mí reporte la unión que me propones.

—Pero, Aleesha.

El intento de protesta de Akmed fue inútil. Murió apenas comenzado.

—¡Basta, Akmed! —exclamó ella, irritada—. Ni una palabra más. Te agradeceré que consideres como la primera y última vez esta que hemos hablado de tal tema. En lo sucesivo me negaré a escucharte.

El árabe se inclinó, retirándose, sin que en su rostro se dejara traslucir la profundísima decepción que le había causado el fracaso. Cuando estuvo seguro de que Aleesha no podía oírla, murmuró con frases llenas de odio:

—¡Maldita orgullosa! Yo sabré hacer que tus humos se disipen y haré que caigas a mis plantas pidiéndome perdón por esta ofensa que no pasaré por alto. Muchos méritos habrás de hacer para borrar esta injuria, a fe de Akmed.

Pero se dijo a sí mismo que, salvo la postergación de la fecha del matrimonio, tan deseado por él, aquella negativa respecto a los otros planes era una cosa ya prevista, bien que no contase con que fuera tan rotunda, por lo que decidió dar tiempo al tiempo, seguro de que finalmente conseguiría sus propósitos. La gota de agua concluye por horadar la más dura de las rocas, se dijo. «Más a veces hay que usar la dinamita» sugirió a su oído algún espíritu burlón, lo que le hizo sospechar que para la solución de aquel problema no valían tiernos procedimientos.

Tales eran los pensamientos de Akmed cuando llegó a la puerta de la cámara en que se hallaba alojado el capitán von Radenstein. Tocó suavemente con los nudillos, según un código convenido mutuamente de antemano, y un instante después apareció en el rectángulo de la puerta la silueta del falso árabe.

—Pasa. Te esperaba con impaciencia. ¿Qué noticias me traes? —inquirió el alemán.

Akmed podía ser árabe, pero el arrojar el turbante furioso al suelo, apenas estuvo seguro de que no podía ser visto ni escuchado fue un movimiento de cólera completamente impropio de la impasible raza a la que pertenecía, tumbándose a continuación sobre un montón de almohadones, en el que permaneció unos instantes mudo, meditabundo, contraídas las facciones, apretadas las mandíbulas, sin parecer reparar en las irónicas miradas que le dirima el alemán frente a él.

—A lo que veo no es preciso hacerte ninguna pregunta para saber que el fracaso más absoluto ha sido el resultado de tu misión, ¿verdad, Akmed?

Este replicó sordamente:

—Debo confesarlo, *Herr von Radenstein*. Pero esa mocosa...

—Está bien —atajó el germano—. Desechado el plan, habrá que adoptar otras medidas más prácticas, Akmed.

—Dame unas semanas de plazo, dos, tres, *Herr von Radenstein*, y te prometo que...

—Demasiado me pides. No podemos aguardar tanto. La guerra apremia. Compréndelo —dijo el germano fríamente—: Yo podría esperar. Este es a lugar maravilloso, pero debo olvidar la paz y la dulzura que reina aquí para llevar a buen término mi misión. Es lo que esperan de mí mis superiores. El triunfo, con los honores máximos. La derrota, con las máximas sanciones. Y a ti te ocurriría lo mismo, Akmed. No lo olvides.

—¿A mí? ¿Por qué? —preguntó, extrañado, el árabe.

—Porque eres ya un servidor de la Gran Alemana. Has aceptado su oro, y en buenas dosis además, y no puedes retroceder.

—¿Y si lo intentara...? —sugirió, tenuemente, Akmed.

—La traición solamente tiene una pena.

—¿Serías tú el ejecutor de tal sentencia?

Von Radenstein se encogió de hombros, indiferente a la demostración que de su arte en el manejo de la goma le hizo Akmed, pasándosela a escasos milímetros de su yugular, al mismo tiempo que le decía:

—No podrías castigarme, *Herr von Radenstein*. Tú irías primero y no al paraíso de los creyentes.

El alemán se levantó, sonriendo imperturbable. Acercóse a un rincón y descubrió, de un tirón, algo que se hallaba bajo un multicolor tapiz. Con una punta de este en la mano, miró a Akmed.

—Todos los días a una hora determinada, en «algún lugar» se recibe una señal mía. Si hubiera un retraso en la transmisión de mis indicaciones, superior a tres horas, pronto tendrías tu castigo,

Akmed.

Aquella demostración convenció a Akmed. Se echó a reír tranquilamente, encendiendo un cigarrillo con el que disimular su segundo fracaso del día:

—Me parece que hemos estado hablando en balde —comentó—. Puedes tener la absoluta seguridad de que soy el más humilde y adicto de tus servidores.

—Esa convicción la adquiriré en cuanto te entregué el primer saquete de oro. Espero que la lección te haya servido de algo.

—Ha sido verdaderamente inapreciable —y, arrojando el cigarrillo tomó el turbante y salió de la estancia, seguido por la irónica mirada de von Radenstein que, encogiéndose luego de hombros, se dedicó a repasar el transmisor, dejándolo a punto para su próxima utilización, esperando la llegada de unos «amigos».

De haber podido penetrar en el pensamiento del agente alemán el capitán Ulrich Kramer, del «Afrika Korps», que iba en la cabina del primer camión lleno de tropa que seguía al blindado —el cual marchaba a unos doscientos metros— hubiera dicho que él no podía ser amigo de nadie que viviera en aquella desolación. Pero como no pudo saberlo, se limitó a echar pestes acerca del calor, del terreno arenoso a ratos, de roca viva en otras ocasiones, y, en todo momento, lamentándose de no estar en su amada Múnich, rodeando el talle de su no menos adorada Gretchen y ambos sentados frente a dos jarras de espumosa y fresca cerveza, ante cuyo recuerdo la lengua ávida del capitán Kramer se paseaba por los resecos y agrietados labios en inútiles y desesperanzadoras evocaciones.

Mas todas sus lamentaciones quedaron cortadas cuando, al remontar el camión una pequeña pendiente del terreno, vio ante sí detenido al coche blindado y sus cuatro ocupantes examinando algo, cuya contemplación le hizo parpadear asombrado, al mismo tiempo que una rotunda exclamación se escapaba, muy a su pesar, de sus labios:

—¡*Gott in Himmel!* ¿Qué es esto?

CAPÍTULO V

Khuro, el buitre, volaba alto, muy alto, pero no tanto que su vista penetrante no distinguiese con absoluta perfección el grupo de hombres resguardados de los ardientes rayos del sol por la sombra de uno de los empinados ribazos de un arroyo, que ahora estaba seco, pues solo en contadas ocasiones alguna esporádica tormenta descargaba millares de toneladas del preciado líquido en pocas horas y llenaba aquel pedregoso alveolo, haciendo rugir las espumeantes aguas en su torrencial camino al chocar contra las cortadas paredes de apenas una docena de metros de elevación sobre el enjuto lecho.

Khuro descendió planeando en círculos. Khuro sabía tener paciencia y presentía que pronto llenaría su buche de carne desgarrada a picotazos y zarpazos, con la de alguno de aquellos hombres que procuraban pasar del modo mejor posible las horas inacabables del día, en que el tremendo calor les forzaba a hacer un obligado descansó. Los hombres estaban absolutamente inmóviles y durante unos momentos Khuro creyó que no estaba lejos aquel en que pudiera saciarse hasta rodar ahíto, pero cuando ya estaba a poca distancia del inmóvil grupo, alguien se agitó en este, espantándolo.

Khuro intentó elevarse, aleteando con rapidez, más en aquel momento sintió una lanza ardiente traspasarle el cuerpo. Repentinamente se encontró con las alas como si le hubieran aumentado de tal tamaño que no pudiera moverlas, y notó que la tierra se le aproximaba con fulmínea rapidez. Antes de estrellarse contra el suelo, percibió el seco estallido del disparo que había cortado el hilo de su existencia, pero este ruido se confundió en su ya agónico cerebro con el que hizo su propio cuerpo en el choque contra las rocas del arroyo.

—¿Quién ha disparado su fusil? —gritó el sargento, trabajosamente, moviendo con dificultad la hinchada lengua.

—Estaba harto ya de ese maldito pajarraco —murmuró alguien, tumbándose de nuevo—. Desde que abandonamos el avión no ha dejado de seguirnos y solamente estaba yo aguardando una ocasión como esta.

—De todas formas, ha sido un tiro certero —comentó el teniente.

—No tiene importancia, señor. En mi tierra cazaba las águilas a distancias superiores a esta.

—¿De dónde eres, Harrow?

—De Montana, señor.

—¡Ah! —y tras esta mediatibunda exclamación proferida por Darby, todos volvieron a quedar en silencio, aplastados por el calor sofocante, aun pesar de hallarse acogidos a la protección de la sombra, porque esta ventaja la anulaba el hecho de que en aquel pequeño sí que angosto cañón no soplabla la menor brizna de aire.

Ninguno de aquellos hombres tenía el menor deseo de hablar. Las lenguas comenzaban a amoratarse e hincharse por la falta de agua, y lo más confortador era no moverse ni hablar siguiera.

Darby, recostado contra la roca, como todo el mundo, pensaba que quizá había sido un optimista al emprender tan dura caminata. No sabía siquiera dónde se hallaba. Todos sus conocimientos de aquel lugar se reducían a saber que era en el Sahara donde habían caído, y por la observación de las estrellas había deducido que se habían apartado, envueltos en la tormenta, un buen trecho del rumbo primitivo que llevaran, pero no hubiera sabido contestarse a sí mismo si habían sido diez o mil kilómetros los que habían navegado sumergidos en los torbellinos del *simoun*, aunque se inclinaba más por esta hipótesis que por la primera, todo lo cual le producía intensos escalofríos a pesar de la elevada temperatura. Si esto era cierto... Bueno, preferible era no pensarlo. La muerte por sed era lo único que podían esperar y el único con quien se había franqueado un tanto era con Kilbur Waverley, teniendo la autoridad de que el hombrón que era el sargento no se asustaría lo más mínimo al comunicarle tales suposiciones.

Y entretanto los infelices supervivientes del tiroteo en el interior del «Dakota», así como del feroz ataque del león, languidecían en aquella cárcava, un atónito capitán del «Afrika Korps» se había apeado del camión, contemplando con redondos ojos el desbrozado fuselaje de un aparato en cuyos costados, así como en las alas y timones, aparecían dibujados con toda claridad los distintivos que indicaban la procedencia norteamericana de la ya inútil máquina voladora.

—¡*Gott in Himmel!* —repitió el capitán Kramer, acercándose y, sin abandonar las precauciones naturales, empuñando la pistola por lo que ocurrir pudiera.

Pero no hubo ser viviente que le saliera al paso, por lo que el alemán recorrió todo el interior del avión, sin encontrar otra cosa que numerosas huellas de disparos, tras lo cual volvió a salir al

exterior contemplando el destrozado cadáver del león, hecho un verdadero colador, lo cual no concluyó por cierto de sacarle de la lamentable confusión en que todo aquello le había sumido.

—Estoy verdaderamente asombrado, señor teniente Pfalz —dijo a su segundo en el mando, que se había reunido con él ante aquellas ruinas.

—Yo también, señor capitán. Esto es algo que nunca he visto en mi vida. Y cuidado que esta guerra nos ha dado ocasión de ver cosas asombrosas.

—Pero tanto como este aparato destrozado en el cual se advierten señales de una espantosa lucha a tiros, y un león muerto también a tiros, no habíamos tenido nunca ocasión de contemplar. Pfalz.

—¿Deduce usted algo de esto, señor capitán?

Ulrich Kramer se quitó el casco colonial para rascarse meditabundo la cuadrada cabeza, y contestó al fin:

—Solo se me ocurre que por alguna causa que desconocemos, este aparato americano tuvo que aterrizar aquí forzosamente. Seguramente tuvieron heridos y se quedaron dentro, mientras que los supervivientes marchaban de descubierta, pero el león apareció inesperadamente dispuesto a darse un banquete y entonces fue muerto a tiros, no sin que con toda seguridad matara algún americano. Fíjense en las manchas de sangre seca. Están esparcidas por todas partes y eso indica que el animal se despachó a su gusto antes de morir.

Pero de repente unos gritos atrajeron la atención de los dos oficiales. Los promovían unos soldados que habían encontrado algo a no mucha distancia del siniestro, y el capitán Kramer y el teniente Pfalz corrieron hacia allí, sin sacar las armas, ya que la actitud de sus hombres no era de alarma, sino de asombro.

La roca plana, en pie, indicó a Kramer con toda seguridad que no era sino una improvisada lápida sepulcral. Y una idea repentina vino en auxilio suyo:

—¡Quiten esa roca! —ordenó perentoriamente a sus hombres, que se apresuraron a obedecer. Y rio satisfecho cuando debajo apreció el metálico recipiente que había dejado el teniente Darby con la historia de lo ocurrido, historia que leyó el alemán con bastante dificultad, pues no era el inglés precisamente su fuerte.

—¡Ach! —exclamó cuando concluyó y contó verdad de lo ocurrido a Pfalz: pero súbitamente se envaró—. Si alguien ha dejado escrito esto es que ha vivido lo suficiente para contarlo. De lo contrario se hallaría su cadáver, puesto que no iba a enterrarse él

mismo debajo de este montón de rocas.

—Eso quiere decir... —murmuró el teniente, pero el excitado Kramer no le dejó proseguir.

—Este aparato era un transporte de tropas. Tiene que haber bastantes supervivientes, por lo que no es lógico que se hayan ido desarmados. Fíjese en los fusiles que no han podido llevarse y que no son muchos. Todos destrozados.

—Por lo tanto...

—Embarcaremos ahora mismo en los camiones. Tres o cuatro hombres provistos de gemelos, irán de pie sobre los mismos, mirando en todas direcciones. No podemos dejar que nos sorprendan, pues hay que considerar que estarán desesperados por la falta de víveres y agua y si nos tropezamos con ellos, lucharán como fieras. Me gustaría no encontrármelos, pues vamos a una misión completamente distinta, pero para mayor seguridad nuestra dividiremos en dos la patrulla.

Concluyó de dar instrucciones el capitán Kramer a su segundo y este, impartiendo órdenes con la velocidad de una ametralladora, salió arreando con su vehículo, en el que dos soldados, tras echar a un lado las lonas que cubrían la caja, apoyados en los flejes que las sostenían se pertrecharon de prismáticos, para escrutar incesantemente el horizonte.

El blindado, con el otro camión, continuó en dirección sino opuesta, sí claramente divergente, destinada a coger a los americanos a ser posible en el centro de aquella amenazadora pinza.

Entre tanto. Darby y su gente, a más de cien kilómetros de allí, aguardaban la noche para continuar su penosa caminata. Y cuando las sombras oscurecieron el desierto, el teniente y Kilbur fueron los primeros en asir las angarillas que portaban al soldado que había sido herido en el muslo. Este si no había empeorado, tampoco había mejorado gran cosa, pero en cambio la pérdida de sangre le hacía sentir más la sed que al resto de sus compañeros. No obstante, Karakian procuraba no demostrar los tormentos que padecía, y dándose cuenta de ello Marko, le sonrió:

—¿Cómo va eso, muchacho?

Tragó saliva antes de contestar:

—No muy bien, teniente, dicha sea la verdad. Pero procuro soportarlo.

—Te daré una idea que te calmará un tanto la sed hasta tanto llega el momento de tomar la ración de agua. Toma. Chúpalo y verás cómo sientes algún alivio —y le alargó su propio cuchillo,

obedeciendo el herido, que se lo devolvió al cabo de unos minutos.

—Gracias, teniente. Ha sido una idea magnífica.

La noche transcurrió lenta, inacabable, pero, no obstante, se vieron sorprendidos por el alba antes de lo que ellos mismos se esperaban, y tras buscar Marko un refugio parecido al que habían abandonado la noche anterior, dio la orden de alto, mandando al sargento que repartiera un poco de agua entre los sedientos G. I., cosa que hizo Waverley con el mayor placer.

—¡Animo, chicos! Bebidas gratis. Cerveza, «Coca Cola», *whisky* con trozos de hielo así de grande. Todo ello por nada en el «Kilbur Bar». El dueño, propietario y camarero, todo en una pieza lo tenéis delante —y la salida del sargento provocó un aluvión de risas entre los hombres, por lo que añadió—: ¡Vamos, vamos! Sin prisas que hay para todos, todo lo que quieran. En un trago o en dos, a elegir. Pero primero hay que respetar las categorías, ¡teniente...!

—No —rechazó este—. Yo debo ser el último. De preferencia a los heridos y...

Marko calló repentinamente. Por encima del ruido de las risas y de los divertidos comentarios, le pareció escuchar algo.

—¡Un momento! —pidió, y todos los rostros reflejaron de inmediato la expectación que se pintaba en el rostro de Darby, quien exclamó a continuación—: ¡Camiones!

—¿Camiones? —repitió Waverley.

—Sí. Ese ruido de motores no es de aviones. Es de vehículos terrestres y... Sí. Vienen hacia aquí.

Marko no continuó hablando. En dos saltos se encaramó a la parte superior del *uadi* o arroyo, tendiéndose inmediatamente, con el objeto de que su silueta no se recortase contra el horizonte y enfocó binóculos hacia el punto de donde venían los ruidos de motores. Enseguida descubrió una nubecilla de polvo detrás de un puntito negro que avanzaba precisamente hacia aquel lugar y que pronto desapareció al introducirse en el extremo del *uadi*, lo cual le dio a Darby la idea de que indefectiblemente el vehículo había de pasar por el punto en que se encontraban ellos.

Se dejó deslizar de nuevo hacia sus hombres, en cuyos rostros se retrataba de un modo visible la ansiedad de que estaban poseídos. Y acto seguido, empezó a impartir órdenes.

Entre tanto, el teniente Pfalz dormitaba en el asiento del «Henschel», confiado en que los hombres que vigilaban le advertirían de cualquier anormalidad que observasen y, asimismo, habiendo transcurrido veinticuatro horas sin haber hallado rastro de los norteamericanos, confiaba no hallárselos en su ruta. El

Sahara era muy grande, se dijo, y no tenía nada de particular que los sobrevivientes del «Dakota» siniestrado se hubieran extraviado. «¡Ojalá les haya pasado a todos los yanquis igual!», dijo para sí. Y esto lo pensaba en el momento en que el camión se metía en el lecho de un reseco arroyo, cuyas paredes medirían siete u ocho metros de altura, dejando entre ambas un espacio de veinte o treinta metros.

Pensó también que aquel era un excelente camino. Así avanzarían por un sitio difícil de observar desde la distancia. Pero en aquel mismo momento se le ocurrió echar una distraída mirada a un lado y lo que vio le hizo dar un respingo.

Perpendicularmente al *uadi* había numerosas cárcavas procedentes de la erosión aluvial y, en una de ellas, a menos de diez metros de distancia pudo ver un hombre que lo miraba fijamente.

Mas lo hacía por encima del punto de mira de una pistola ametralladora, lo cual hizo reaccionar vivísimamente al teniente Hans Pfalz, del «Afrika Korps», que se echó rápidamente al fondo de la cabina. En aquel mismo instante, de la boca del arma encarada hacia ellos, brotó un chorro de anaranjadas llamaradas envolviendo un mortífero alud de proyectiles que, por encima de su cuerpo, fueron a hundirse en el del conductor; este, lanzando un alarido de agonía, se dobló sobre el volante.

Muerto el hombre, el camión, sin gobierno, continuó dando bandazos, rodando por sí solo, hasta detenerse junto a una de las verticales paredes del arroyo. Y entre gemidos de dolor y maldiciones de rabia retumbaron los disparos de los «Mauser», empuñados por los supervivientes de la primera descarga, que no tuvo la efectividad deseada, por el brusco cambio en la dirección del camión.

Repuesto de la primera sorpresa, el teniente Pfalz demostró que la disciplina alemana no era un mito. Ladrando órdenes, saltó de la cabina, eliminando, a las primeras de cambio, al yanqui que había matado a su chofer, segándolo por la mitad con una certera ráfaga de su metralleta. El soldado, sin un gemido, abrió los brazos y rodó hasta detenerse junto a una de las ruedas del camión.

Los soldados alemanes saltaron precipitadamente al suelo, en tanto que, una de las tablas de la caja era echada a un lado y emplazada una «Main», que empezó a tronar, barriendo cuanto tenía frente a sí.

Más en el mismo momento, cuando todavía los alemanes se hallaban en grupo, antes de que consiguieran separarse lo suficiente, Marko lanzó un objeto negro, que voló parabólicamente

por el aire.

Una estruendosa detonación, tras la llamarada de la explosión de la bomba de mano que había arrojado, se sintió en el *uadi*, en tanto que un cono vertido, negruzco, de humo y tierra se elevaba el espacio, contribuyendo a la disolución del grupo, del que dos o tres hombres rodaron exánimes por el suelo. Y una segunda granada causó análogos y demoledores efectos.

Tras ello, Marko tomó su automática y comenzó a regar de balas el arroyo, sintiendo los impactos de las que, disparadas un poco al buen tuntún, chocaban en las piedras que tenía al lado y detrás de él.

Mientras, distribuidos sus hombres estratégicamente, el arroyo se había convertido en un infierno de fuego, explosiones y alaridos de dolor. La sorpresa había sido un éxito y lo demostraba la debilidad, cada vez más creciente, de la reacción germana que, no obstante, continuaba aún más dura de lo esperado.

La «Maxim» que tenía frente a él, giró bruscamente, dejándole apenas el tiempo suficiente para esconder la cabeza detrás de la roca que le servía de protección. Un aluvión de proyectiles, maullando ominosamente, chocando detrás, delante, a sus lados, le llenó de tierra y polvo; cuando decreció se arriesgó a asomar la nariz, y lanzó otra granada de mano.

Un alarido sonó casi encima de él y un cuerpo, rebotando por las paredes, cayó a pocos metros delante. El G. I. alcanzado quedó exánime, mirando al sol con ojos cegados ya por la muerte, formando sus brazos y piernas sangrienta y trágica equis.

En el mismo momento estallaba la bomba. Los dos servidores de la ametralladora fueron apartados a un lado, como por los dedos de una invisible y gigantesca mano, callando la máquina un instante, pero dos alemanes vivos se echaron encima de ella.

No llegaron a dispararla siquiera. Una bien dirigida ráfaga del ametrallador de Marko, los dobló, muertos, sobre la misma, sin darles tiempo a exhalar un gemido.

Marko se dio cuenta de que por la parte en que se encontraba él no había ya nada que hacer. Allí todos los alemanes habían sido aniquilados, pero aún quedaba un numeroso grupo, entre los cuales se contaba su teniente, que se defendían encarnizadamente, bien que sus filas fueran clareándose progresivamente.

Estaban a unos cincuenta metros, resguardados en un pequeño grupo de rocas, desde el que hacían fuego como energúmenos, pero su protección era insuficiente. Lenta, pero inexorablemente iban siendo eliminados, y al fin el teniente Pfalz, desesperado, viendo que

no tenía otra solución, dio una seca orden que fue obedecida al momento.

Relampaguearon los cuchillos contra el sol al ser sacados de sus fundas y calados en el extremo del fusil. Tras esto, los ocho o diez alemanes que todavía quedaban vivos, se lanzaron a una furiosa carga contra alguien que Marko, desde el lugar en que se encontraba, no podía ver por hallarse oculto en alguna anfractuosidad del terreno.

Darby, recargando el arma, arrodillándose en el suelo con objeto de fijar mejor la puntería, disparó incesantemente en abanico de muy poco radio, dada la concentración de los enemigos.

El chorro de balas rastrilló el espacio, abatiendo hombres como si fueran muñecos de feria. El grupo de heroicos suicidas no llegó a consumir sus propósitos y cuando todo terminó, Darby apreció que varios de sus hombres habían colaborado en la destrucción de los restos del destacamento enemigo.

Luego, un silencio absoluto invadió el lugar, rompiéndose cuando algún herido clamaba por auxilio, pero estas voces eran las menos. Tan encarnizada había sido la pequeña batalla que prácticamente todas las bajas de uno y otro lado lo habían sido definitivas, sin recuperación posible y, Marko, acompañado por Waverley, comprobó que de los dieciocho hombres con que iniciara la acción, solamente restaban doce, él incluido.

—Como sigamos así, dentro de nada, estaremos haciéndoles compañía —exclamó, lúgubrementes, el sargento.

—Puede que sí —le respondió el teniente—, pero no podemos entretenernos en lamentaciones. Son gajes del oficio, sargento.

—¿Qué vamos a hacer para enterrarlos a todos, señor? Son demasiados. Perderíamos mucho tiempo.

—No haremos nada, Waverley. Tenemos que salir de aquí cuanto antes. Es muy probable que estos alemanes tuvieran transmisores y al sonar los primeros disparos hayan dado la alarma. Eche un vistazo a ver si ese vehículo funciona y cargue en él todo cuanto sea posible. Me refiero al armamento.

—Bien, señor.

Pero los que habían salido ilesos de la empeñada acción, ya estaban aprovechándose de las provisiones de agua del «Henschel». Ahora se estaban desquitando de la falta del preciado líquido que tanto les hiciera sufrir los días anteriores.

Uno de los soldados se acercó a Marko con una cantimplora.

—Tome, señor —dijo—: Beba hasta hartarse. Nunca me había sabido tan buena el agua.

—Gracias, Tomkin —e inmediatamente sintió el paso del refrescante líquido por sus reseca fauces, lo cual le proporcionó una evidente sensación de alivio—. Creo que, ahora ya podemos fumar un cigarrillo, ¿no?

—Sí, señor. También yo tengo bastantes ganas de ello.

Mas apenas había aspirado Marko con deleite las primeras bocanadas de humo, cuando miró al soldado que tenía frente a sí.

—¿Y los heridos? —su recuerdo le había venido repentinamente.

—¿Los heridos?

Echaron a correr hacia el lugar en que dejaran a los dos inválidos. Simkins yacía boca abajo, en un mar de sangre, destrozada la cabeza por dos balazos. Karakian estaba sentado y tenía sobre el regazo la pistola ametralladora, en tanto que todo el espacio que le rodeaba estaba sembrado materialmente de vainas de los cartuchos disparados.

Su cabeza estaba inclinada sobre el pecho, atravesado por media docena de balazos, disparados por los alemanes que quisieron llegar hasta él, a punta de bayoneta. A Marko le pareció increíble que un hombre, con tan horribles heridas, viviese todavía, pero era la verdad pura y desnuda. Un ínfimo soplo le vida alentaba en aquel sanguinolento despojo que alzó lentamente la vista al sentir los pasos de quienes se le acercaban:

—¡Hola...! ¡ya... no tendrá... usted que... que... llevarme... en... en las... ang!

No concluyó la frase, truncada en un suspiro que se desvaneció gradualmente. Rodó a un lado, quedándose muy quieto, con los ojos espantosamente abiertos.

Dominando sus penosas impresiones, Marko se inclinó y cortó el cordón que sostenía ambas placas de identificación. Contempló un instante pensativo los dos cadáveres, más en aquel momento llegó Waverley:

—¡Todo listo, señor! Podemos marchar inmediatamente.

CAPÍTULO VI

El teniente Johann Müller volaba a bordo de su «Messerschmidt», a unos quinientos metros de altura, oteando incesantemente el terreno que tenía debajo de él. Había recibido órdenes de localizar un destacamento del «Afrika Korps», al parecer atacado por una patrulla americana. Se ignoraba su suerte, puesto que la transmisión había sido cortada repentinamente y el mando había decidido enviar un aparato para que localizara a los supervivientes y diera cuenta de la situación en que se hallaban después del combate.

Era muy monótona su labor, y los ojos le dolían de tanto mirar al suelo, a pesar de que los cristales de las gafas, para evitar la reverberación, estaban levemente oscurecidos. Aquel desierto era inmenso. No se acababa nunca. Arena, Rocas, Piedras. Algún animal que era despertado por el ruido del motor y que corría espantado hasta que le abandonaban las fuerzas. Raquítica vegetación. Pero nada más. Y todo lo que alcanzaba a ver era idéntico, de una continua y exasperante igualdad, apenas surcada por rayas que indicaban quebraduras del terreno.

Continuó volando durante media hora más. Se fijó a sí mismo el plazo de otros quince minutos, pasado el cual regresaría a la base. Pero ¿qué era aquello que se movía a lo lejos? No. No era una hiena. Demasiado grande para ello.

Tomó los prismáticos que tenía al alcance de su mano, y manteniendo la ruta del avión con la izquierda, los enfocó sobre aquel puntito hacia el que navegaba velozmente. Ahora lo veía claramente. Era un camión y llevaba la Cruz de Hierro en el techo de la cabina. ¿No le habían hablado de dos? Y, ¿por qué se detenía?

Unos puntitos, hombres, se apeaban del vehículo, dispersándose. Apretó los dientes Müller. Si echaban a correr es que no eran amigos. De ser compatriotas se hubieran quedado al lado del «Henschel» moviendo los brazos, haciéndole señales. Pero no. Estos corrían y tomaban la actitud lógica de quien teme ser atacado. Y al cerebro del teniente vino la idea de que el destacamento que buscaba había sido exterminado; echó la palanca hacia adelante, con lo que el «Messerschmidt» picó en dirección al camión, al mismo tiempo que el ronquido del motor aumentaba al ganar velocidad.

El camión se le acercaba rápidamente. Müller pensó que ya que sus camaradas de armas no lo usaban, aquellos odiados yanquis no se aprovecharían de él, Se lo incendiaría a balazos y los dejaría abandonados a su suerte en el desierto. Con aquello tendrían bastante, de modo que movió ligeramente los timones de dirección y profundidad hasta que el vehículo apareció con toda claridad en el centro de la retícula del visor de puntería.

Hecho esto, a menos de doscientos metros de distancia, oprimió el botón que hacía dispararse las armas de a bordo. Tronaron las ametralladoras de las alas, escupió proyectiles de 20 mm el cañoncito que disparaba por el buje de la hélice y un torrente de balas se encaminó al vehículo que pareció estremecerse bajo la rociada de plomo, y cuando estuvo a punto casi de rozarlo con la hélice, tiró hacia sí del timón de profundidad, con lo que el caza se remontó airoosamente, ganando altura para repetir la faena.

El teniente disparaba como un energúmeno la «Maxim» capturada a los alemanes y el sargento Waverley estaba a su lado ayudando a que la cinta de cartuchos corriese hacia la recámara. Darby seguía con la mira en su descenso al avión, y juró al ver las nubecillas de polvo que acusaban los impactos acercarse rapidísimamente al vehículo, y cuando empezaron a saltar astillas de este, cuando las llantas comenzaron a descansar en el suelo, al reventar las cámaras estrepitosamente, aulló como un poseído, pidiendo las maldiciones de todos los dioses para aquel inoportuno Fritz que había aparecido en el momento menos esperado.

De nuevo volvió el «Messerschmidt» a descender sobre el camión. Müller pensó que era una tontería desperdiciar cartuchos sobre los americanos. Estaban demasiado esparcidos para que intentara cazarlos uno a uno, y sería una empresa hartó fatigosa que no le daría otros resultados que hacerle consumir carburante y municiones inútilmente. El destrozarles el camión sería muchísimo más práctico, y así oprimió por segunda vez el disparador, haciendo que el ya castigado aparato trepidase violentamente cuando un torrente de proyectiles le alcanzó.

Marko y Waverley oyeron claramente el «staccato» de las detonaciones en la segunda pasada del aparato, que resonaron sobre las de su propia ametralladora, pero inmediatamente unas y otras quedaron apagadas por el estallido del tanque de la gasolina del camión, que quedó instantáneamente envuelto en una inmensa llamarada.

Marko no pudo contener la risa al ver a Waverley levantarse y extendiendo el puño hacia el aparato, prorrumpir en una serie de

interjecciones que hubieran sonrojado a un vaquero y que, de haberlas podido escuchar el piloto alemán, seguramente hubieran puesto pavor en su ánimo. Pero este, alegre por su triunfo se limitó a hacer una nueva pasada, esta vez en horizontal, moviendo a un lado y a otro las alas como en gesto de burla a los chasqueados americanos, tras de lo cual, virando ceñidamente, comenzó a ganar altura y se perdió en pocos minutos hacia el Norte.

—Menos mal que cogimos el agua y las armas —dijo Darby filosóficamente, contando con la vista a sus hombres que salían de los huecos en que se habían escondido cuando divisaron el aparato que se disponía a atacarlos—. Todo será cuestión de consumir suelas ahora, Waverley.

Este miró la ametralladora y contuvo las ganas que tenía de vengarse en ella, dándole un puntapié. Se limitó a inquirir:

—¿Nos llevamos esto, señor?

—¿Para qué? —le respondió Marko—. Sería un peso inútil, que contribuiría a fatigarnos más y más todavía. Se quedará aquí.

—Por lo menos la inutilizaré, teniente. Creo que tiene usted razón, señor. Bastante cargados iremos con lo nuestro y, por otra parte, en media docena de ráfagas acabaríamos con sus municiones. ¿Qué hacemos ahora?

—Buscar la sombra y dormir hasta la noche, sargento. Tendremos que volver a nuestro primitivo plan.

Pero a la mañana siguiente, cuando se hizo la luz del día, cuando ya estaban cansados, exhaustos, a consecuencia de la dura caminata que se dieran por noche, Darby tomó por el brazo a Kilbur, diciéndole:

—¿Ve usted lo mismo que yo, o es un espejismo?

—Si es un espejismo, pronto saldremos de dudas, señor —y sacando su pistola, el sargento hizo un par de disparos que conmovieron la atmósfera con sus estallidos, diciendo a continuación cuando se hubieron apagado los ecos de las detonaciones—: No es un espejismo, señor. Son montañas...

—... Y donde hay montañas, hay agua, ¿no?

—... y donde hay agua, hay animales...

—... de esos que resultan tan sabrosos convenientemente asados...

—Es usted una mala persona, teniente. No hay derecho a hacerle a uno padecer del estómago por anticipado. ¿Seguimos?

—No. Nos conviene un buen descanso. Quietos aquí hasta la noche. Con una jornada más llegaremos hasta el pie de aquellas montañas, pues no creo haya más de veinte millas.

Calculó bien Marko, porque cuando los rayos del sol iluminaron nuevamente la tierra se vieron casi al pie de aquellos elevadísimos farallones, que caían verticalmente desde una altura de seiscientos metros. Y la misma ansia que tenían por llegar, les hizo acelerar el paso hasta que no pudieron continuar. Un muro les cerraba el camino. Un muro cuyo fin, confundiéndose con el azul implacable del cielo, había de ser contemplado en violento escorzo.

Waverley se rascó la cabeza:

—No sé cómo nos las vamos a apañar para subir allá arriba. Aunque hay mucha distancia, se ven árboles.

—Estamos a la sombra —dijo Marko—. Continuaremos caminando hasta que hallemos alguna manera de penetrar en esta fortaleza natural. Por algún lado habrá alguna entrada.

La había. Ya estaba el sol en el vértice de su carrera, cuando inesperadamente, cuando todo el mundo se encontraba aspeado, derrengado, ansiando únicamente tumbarse para gozar de un merecido descanso, apareció ante ellos una colosal hendedura justamente en el punto en que acababa la sombra para dar paso a la deslumbradora luz solar.

Parecía como si aquella fenda, aquella enorme grieta hubiera sido hecha por mitológica espada. Se perdía en la distancia y en la altura, pareciendo que ambas paredes se juntaban en el cielo. Absolutamente verticales, los farallones se elevaban muchos centenares de metros, dejando entre sí un espacio de unos cincuenta metros de anchura, como una calle pero que no era totalmente recta, sino sinuosa, ondulada suavemente. Y apenas se habían adentrado es aquel angosto cañón, cuando una infinita sensación de paz les invadió.

—Esta temperatura es una delicia, Waverley. No sé dónde nos encontramos, pero me parece la antesala del paraíso.

—¿No estaremos muertos, señor? —bromeó el sargento, que inmediatamente aprestó su arma cuando escuchó unos gritos delante de él, apenas doblado el primer farallón.

Darby y su segundo echaron a correr hacia allí, deteniéndose al ver un espectáculo que los dejó atónitos unos segundos.

El suelo del cañón descendía en pendiente de unos veinte grados. Junto a una de las paredes, bajaba, saltando alegremente, con blanquísimas espumas, un arroyo de poco más de dos metros de anchura que, embocaba en un estanque de veinte metros de diámetro, y en el cual se hallaban ya varios de sus hombres, zambulléndose en la fresca agua, hartándose de beber del vivificante líquido. Y el resto del cañón era una orgía de lujuriente color verde

hasta donde alcanzaba la vista.

Darby, al igual que el sargento, empezó a desceñirse los atalajes, para imitar a sus hombres, pero apenas se había quitado la camisa cuando algo rebotó de pared en pared, hasta perderse a lo lejos en agudísimo maullido, resonando sobre el tableteo de la detonación que iba rebotando de muro en muro.

—¿Quién habrá sido el importuno que me ha estropeado el baño? —gruñó, de muy mal humor, Waverley, preparando su ametralladora.

Pero no hubo nadie que respondiera a su pregunta, sino los propios que habían hecho el disparo y descendían en aquellos momentos por el cañón. Su raro aspecto le hizo abrir desmesuradamente los ojos, lo mismo que a los soldados que también habían requerido sus armas.

Vieron descender hacia ellos una serie de extrañas figuras, portando descuidadamente unas extrañas armas, en las que Marko reconoció de inmediato algo que solamente creía hallar en un museo: unas prehistóricas espingardas, bellamente incrustadas de preciosos metales, tanto en el cañón como en las culatas.

Más no fue esto solo lo que extrañó a Darby, si la singular traza de aquellos hombres vestidos a la usanza árabe, con vestiduras rojas como el mismo fuego, a excepción del negro turbante, parte del cual les rodeaba el cuello y la cara, dejando apenas los ojos al descubierto.

—¡Quietos! ¡Que nadie dispare un tiro hasta ver las intenciones que traen estos personajes! —ordenó el teniente, pero no eran precisas tales palabras. Tan asombrados como él estaban sus hombres, formando con sus bocas una redonda O que denotaba a las claras la estupefacción de que estaban poseídos al ver aquellos figuras.

Avanzó Marko hacia ellos, airando su mano derecha en el universal signo de paz y cuando estuvo a pocos pasos del que encabezaba tan singular procesión, vio cómo este se inclinaba, llevándose la mano derecha al pecho, luego a la boca y terminando el saludo en la frente, irguiéndose a continuación y haciendo respingar a Marko cuando oyó el saludo, que le hizo echar mano de sus conocimientos de francés que estudiara en la escuela secundaria.

—¡Bienvenidos a N'Daggar, extranjeros! En nombre de la princesa Aleesha me complazco en saldaros y ofreceros nuestra hospitalidad.

—¿N'Daggar? ¿Aleesha? ¿Quiere explicarnos de qué se trata?

—Lo sabréis a su debido tiempo. Ahora deberéis seguirnos.

—Y... ¿si no quisiéramos? —sugirió Marko.

—Vendréis —dijo el otro sencilla, pero firmemente.

—Esto no me gusta, teniente —cuchicheó, a su oído, el sargento.

—¿Qué ocurriría si nos negáramos? Estamos mejor armados que vosotros —indicó Marko. Puede ser una encerrona lo que nos prepararéis.

—No lo es. Pero no haríais más que un disparo. Toneladas y toneladas de rocas se abatirían sobre vosotros desde la altura apenas hiciera una señal.

—También tú morirías —arguyó Marko, pero el otro se encogió levemente de hombros.

—Mi vida no es mía, sino de mi señora.

—Está bien. Os seguiremos, pero no intentéis nada. Con rocas o sin rocas —echó una aprensiva mirada hacia la altura sin conseguir divisar nada—, no estamos dispuestos a dejarnos jugar una mala pasada.

—Si hubiéramos querido mataros, no os hubierais enterado siquiera —ya Darby le pareció que el árabe sonreía debajo de su espeso velo negro.

Echaron todos a andar, después de haberse vestido los soldados. Remontaron la pendiente, pisando el blando césped, increíble de hallar en aquel perdido rincón del Sahara, más apenas habían recorrido un centenar de metros cuando un rumor característico se dejó oír, deteniendo a todo el mundo.

—¿Qué diablos...? —empezó a decir Waverley, mirando hacia atrás, pero inmediatamente tuvo la solución a su no conclusa interrogante.

Doblando un recodo, a menos de cien metros de ellos, aparecieron súbitamente, remontando con trabajo la pendiente, dos vehículos, el primero de ellos blindado, con un signo harto conocido que hizo dar un grito a Marko:

—¡Alemanes! ¡Dispersaos!

El conductor del blindado se quedó un instante también atónito, porque frenó casi sin darse cuenta su vehículo, momento que aprovecharon los americanos para extenderse en todas direcciones, procurando poner el mayor espacio posible entre ellos y el enemigo. Pero inmediatamente, de las bocas de las ametralladoras gemelas instaladas en la torreta empezó a salir un flujo ininterrumpido de llamas, empujando ríos de proyectiles que gimieron agudamente al rebotar contra las rocas, en tanto que los ecos de las detonaciones se prolongaban desmesuradamente a causa de la proximidad e

irregularidad de los farallones, que las multiplicaban en centenares de ecos.

Al mismo tiempo, los ocupantes del segundo camión que lo llenaban, saltaron, dispersándose y emplazando una «Maxim» que pronto empezó a ladrar y a regar aquello de balas, amenazando con ponerlos en una insostenible situación.

Reptando, el árabe se acercó a Marko que hacía fuego furiosamente habiendo logrado inutilizar las cámaras de las ruedas delanteras del blindado pese a lo cual este continuaba su avance, bien que con mayores dificultades y le dijo:

—Es preciso retroceder, teniente. Solo así podremos salvaros y salvarnos.

—Eso ya lo sé —un alemán corrió buscando refugio al mismo tiempo que intentaba ganar unos metros, pero media docena de secos disparos del ametrallador de Marko que proyectaron otras tantas balas, lo derribaron tras una pirueta, quedando el germano inmóvil en el suelo. Luego dijo—: Pero, ¿cómo? Nos tienen clavados. Si asomamos la cabeza... ¡Ay!

Una candente sensación de agudísimo dolor le hizo gritar instintivamente. Un trozo de roca desprendido sin duda por algún impacto le había rasgado la mejilla levemente, pero llenándole inmediatamente el rostro de sangre. Asomando Marko la cabeza con precaución, en medio del fragor del combate, oteó el horizonte y pudo ver al causante de su desdicha a menos de sesenta metros, recargando frenético su fusil. Disparó contra él, alcanzándolo en un hombro.

El alemán se levantó convulsivamente, a causa del dolor y aquello fue su perdición. Un huracán de plomo se abatió sobre él, empujándolo, zarandeándolo a derecha e izquierda hasta que al fin, acribillado literalmente, fue arrojado sobre el verde césped que se tiñó instantáneamente de sangre.

De vez en cuando se oían, dominando las otras, secas detonaciones. Eran los árabes con sus anticuadas espingardas, de las que salía, junto con la enorme llamarada, un chorro de blanco humo, lo cual denotaba peligrosamente su situación.

Entretanto, el blindado seguía, aunque muy despacio, avanzando lentamente, disparando sin cesar sus dos ametralladoras de la torreta. Marko soltó una ráfaga hacia él, sin conseguir nada práctico, hasta que de repente se le ocurrió una idea.

Era desesperada, pero no había otra solución. A su derecha estaba el árabe, y a su izquierda, jurando pintorescamente, el sargento, deteniendo con su fuego, junto con el de sus soldados, el

avance de los del «Afrika Korps».

—Si dejamos que esa lata de sardinas nos alcance, estamos perdidos —murmuró Marko—. Tenemos que evitarlo a toda costa.

—¿Y cómo, señor? —inquirió Waverley, tras abatir un alemán que se había asomado imprudentemente.

—Haciendo rodar esta roca. Está en la misma dirección que el blindado.

Se iluminaron los ojos del sargento y, sin soltar su arma, volvióse, clavando sus pies en tierra, al mismo tiempo que hacía presión con sus espaldas. Marko y el árabe le imitaron y pronto comenzó a oscilar la enorme piedra que, al fin, tras grandes esfuerzos que los bañaron de pies a cabeza en sudor, fue arrancada del lugar en que había estado durante centenares de años.

Rodó por la pendiente y el conductor del camión se dio cuenta del desastre que se le avecinaba, más con las llantas de las ruedas directrices en el suelo, poco pudo hacer. No volcó al recibir el choque de la piedra, pero sí se quedó inmóvil, que era lo que habían buscado los atacados, que a toda prisa retrocedieron siguiendo las indicaciones del árabe.

Marko hizo señas a sus hombres y estos, lentamente, sin cesar de hacer fuego, fueron evadiéndose del acoso enemigo, dificultado por el ya inútil blindado, cuyos ocupantes debían de haber sufrido algún daño, puesto que su torreta había enmudecido.

En el momento en que llegaban al próximo recodo, uno de los rezagados soltó su fusil, llevándose la mano al vientre. Marko saltó hacia adelante, sin hacer caso del árabe que pretendió en vano detenerlo y disparó furiosamente contra un grupo de tres o cuatro enemigos que, percatándose de que habían alcanzado un americano, se lanzaban sobre él; pero fueron barridos por las certeras ráfagas del fusil ametrallador de Marko quien con un rápido vistazo comprobó que nada había a hacer por aquel desgraciado.

Envuelto en una nube de balas que no le alcanzaron milagrosamente, ganó el refugio y en aquel momento vio al árabe hacer una señal con la mano, sin comprender el significado de esta.

Un trueno prolongado, profundo, comenzó a oírse, deteniendo el fuego de los americanos, ante lo cual las huestes del capitán Kramer se lanzaron al asalto, para detenerse apenas habían recorrido diez metros, mirando hacia lo alto.

—¡Aprisa! ¡Corred, si queréis salvar vuestras vidas! —gritó Marko a sus hombres, sintiéndose lleno de un más que justificado pánico.

Un alud de rocas, oscureciendo el trozo del cielo contra el que se recortaba, descendía de lo alto, produciendo aquel enorme fragor que llenaba totalmente las angostas paredes del elevadísimo cañón. Arrastrando trozos enteros de farallón a su paso, aumentando así el volumen de la rocosa avalancha, cientos de toneladas de rocas, con espantoso estrépito que ahogaba los gritos de terror de todos, americanos y alemanes, se abatieron sobre el lugar en que se encontraba el blindado.

De su interior salieron dos o tres hombres, espantados por aquella horrible catarata que se les venía encima, al mismo tiempo que el resto de sus compañeros ponía en sus piernas toda la velocidad que les era posible, más todos sus esfuerzos fueron inútiles.

La masa de piedras, enormes la mayoría de ellas, confundidas con lajas arrancadas a las paredes del cañón, se abatió sobre los combatientes del «Afrika Korps», apagando sus gritos de pavor y haciéndolos desaparecer bajo ellas, que chocaron contra el suelo con un ruido todavía más espantoso que los demás, y levantando una espesa nube de polvo.

—¡Santo Dios! —exclamó Marko, cuanto todavía no se habían disipado los rumores del alud. Tragó saliva y miró al árabe, más este se encogió de hombros indiferentemente.

—Así acabarán todos los enemigos de nuestra princesa —dijo con sencillez—. Quisieron atacarnos y han recibido su merecido.

—Pero no dispararon contra vosotros, sino contra mí y mis hombres —arguyó Marko.

—Es igual. Ellos no hicieron diferencia de unos y otros. Lo mismo os hubiera pasado a vosotros, de haberos hallado en su lugar.

Marko lo miró curiosamente y de repente preguntó:

—¿Cómo sabíais que veníamos hacia aquí?

—Desde las alturas se divisa un extensísimo panorama. Vosotros formabais parte de él —contestó simplemente.

Ya no habló más Marko. Waverley le dio cuenta de que habían perdido tres hombres más, con lo cual quedaban sus fuerzas reducidas a nueve en total pero se limitó a suspirar resignado, siguiendo a G'Bwaii, le había dicho que tal era su nombre en la ascensión hacia la boca del desfiladero.

Tras un tiempo que Marko no se atrevió a calcular, llegaron al final de su viaje, y cuando los árabes se detuvieron, los yanquis prorrumpieron en gritos de asombro.

Ante ellos se extendía un fértil valle, cuyos confines se perdían

de vista; lo regaban varios plateados arroyuelos, y estaba esmaltado por numerosas y blanquísimas edificaciones.

Pero mayor fue su asombro al detenerse, un kilómetro más allá, ante la puerta de un palacio excavado en plena roca, puerta labrada curiosamente, con una inacabable serie de arquitectónicas maravillas, que no tuvieron tiempo de contemplar apenas, porque G'Bwaii les hizo reanudar nuevamente la marcha.

CAPÍTULO VII

—O me consigues ese permiso antes de cuarenta y ocho horas, o tendré que obrar por mi cuenta. Akmed. No puedo esperar más.

Von Radenstein miró irritado al árabe que parecía manso cordero delante de él y que murmuró:

—Está bien. Haré el último intento. Si no lo consigo... Pero lo lograré —dijo, alzando la cabeza.

—Date prisa. Tenemos aquí un puñado de americanos. No son muchos, pero sí han sido lo suficientemente listos como para aniquilar por completo el destacamento que había pedido para ayudarme, si los habitantes de N'Daggar siguen a su princesa. Traen sin duda los mismos propósitos que nosotros y hemos de anticiparnos.

—No —repuso Akmed—. Se perdieron en el desierto y vinieron a parar aquí casualmente. De traer tus mismas intenciones, hubieran portado una emisora de radio y no la tienen.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo aquí algunos fieles amigos —sonrió, placenteramente, Akmed—. Ellos se han encargado de registrar sus habitaciones, sin encontrar nada. Incluso les han sido recogidas las armas, so pretexto de que ningún huésped puede tenerlas en N'Daggar. Costó convencerles, pero al fin lo conseguimos.

Nada tenían los yanquis. Ni siquiera sus destrozadas ropas, que les habían sido cambiadas por otras limpias, pero distintas a las suyas. Pantalones amplios y flotantes, faja escarlata que los sujetaba a la cintura, camisa impoluta de abullonadas mangas, sujetas en los puños, era el indumento que Waverley llevaba y que le hizo exclamar:

—¿Qué le parezco, señor? Si me ven en Hollywood me contratan inmediatamente para una película con la María Montez.

—No sé qué aspecto tendré yo, pero después del baño, del masaje y del afeitado, con ropa limpia, me siento como nuevo —declaró Marko, que vestía de idéntica manera, levantándose y tomando un cigarrillo—. Ya puede ver. Ni siquiera el tabaco nos falta.

—Una cerveza —suspiró, melancólicamente, Waverley.

—No olvide que la religión de estos hombres les prohíbe las bebidas espirituosas.

—Pues yo... —pero el sargento Waverley se interrumpió, cuando alguien, tras llamar a la puerta, penetró en ella, inclinándose.

—Mi señora, la divina Aleesha desea veros —dijo G'Bwaii.

—¡Hum! —masculló Waverley—. Seguro que tiene más años que Matusalén. ¿Quién sino una vieja podría encerrarse aquí? Por más que a mí también me dan ganas de quedarme mientras dure la guerra.

Hubiera seguido hablando ininterrumpidamente si Marko no le hubiera dejado con la palabra en la boca, siguiendo a G'Bwaii, a través del corredor, de cuyos cubículos seguían saliendo los soldados, todos ataviados en idéntica forma, riendo fuertemente al cambiar atroces bromas entre sí.

Pero dichas risas se cortaron bruscamente cuando, penetrando en una amplia estancia circular, tallada en la negra roca, que daba por una anchurosa abertura al desierto, vieron apoyada negligentemente a una mujer de soberana hermosura, que les sonreía encantadoramente desde el montón de almohadones sobre el que estaba reclinada.

Marko se quedó sin respiración al ver a la mujer. No había creído en las palabras de Waverley, pero nunca supuso que tanta belleza pudiera caber en un cuerpo femenino. A pesar de hallarse medio echada, se adivinaba su elevada estatura, en tanto que los negríssimos cabellos, los inmensos y rasgados ojos, la sangrante boca, el conjunto de perfectas curvas, formaban un magnífico exponente de la hermosura de las mujeres de N'Daggar. Y el silencio se rompió cuando el G.I. Joe Martín recobró el aliento.

—¡Mi madre! ¿Esto es natural o pintado?

Marko buscó el origen de la música, pero no lo encontró más que en la garganta esbeltísima de Aleesha, que se estremecía a impulsos de la hilaridad que le había provocado la exclamación del soldado. Se puso en pie, haciendo un gesto amistoso.

—Natural, por completo, pero exageras, americano. ¿Quién es vuestro jefe?

Marko avanzó un paso, y Aleesha continuó hablando:

—Quédate, Marko —miró complacida aquel magnífico ejemplar de varón—. Sé tu nombre, porque G'Bwaii me lo dijo, pero no te conocía. A ti y a los tuyos, la bienvenida de Aleesha.

—Gracias —se inclinó Marko—. Por nuestra parte, nos consideramos tus más humildes servidores.

Aleesha inclinó graciosamente la cabeza, y luego dijo:

—Tus hombres tienen libertad entera para vagar por mi pueblo a su antojo. En cuanto a ti, puedes quedarte. Quisiera hacerle unas

cuantas preguntas.

Después de cuanto habían visto a su llegada a tan extraño lugar, a Marko no le chocó que la joven, cuya edad calculó en unos veinte o veintidós años a lo sumo, hablara tan perfectamente su idioma. Y admiró la gracia de sus andares, cuando ella, descendiendo del estrado en que se hallaba, se le acercó. Ondulaba como la palmera al soplo de la brisa matutina, pensó, recordando una frase árabe.

Pero todavía no había abierto la boca Aleesha, cuando un hombre, irrumpiendo en el gigantesco salón por uno de sus extremos, cortó en flor las palabras todavía no pronunciadas, lo que hizo que Marko mirase a aquel hombre que, contra la costumbre general, no llevaba el rostro cubierto como G'Bwaii y que se dirigió en derechura hacia Aleesha, inclinándose profundamente al llegar ante ella.

—Mi señora, te suplico me concedas la ocasión de cambiar unas palabras a solas contigo.

Frunció el ceño la mujer en lo cual Marko vio claramente la desagradable impresión que le había causado la presencia del árabe, pero terminó por acceder.

—¿Sabrás disculparme? —le sonrió.

—Tú eres la dueña de todo esto, y de todos nosotros —le contestó Marko galantemente, retirándose lejos, y asomándose al espacioso mirador, apreciando, no sin un escalofrío, la enorme altura a que sobre el suelo se hallaba aquel lugar y que parecía, más que excavado por hombres, construido por mitológicas águilas. No dejó de admirar, a pesar de todo, el paisaje que desde allí se divisaba, y dejó transcurrir unos momentos, olvidándose de todo, hasta que un sofocado grito le sacó de su abstracción, haciéndole girar la cabeza con toda rapidez.

Marko se dio cuenta al instante de la poco agradable situación en que se encontraba Aleesha. Pálida, despidiendo llamas por los ojos, un chorro de palabras brotaba de sus labios, y a juzgar por la actitud del hombre que estaba junto a ella, no eran nada agradables para este, cuyo rostro denotaba claramente el desencanto que sentía al serle denegada la petición que había hecho.

Marko no se enteró de la conversación, sostenida en aquel incomprensible idioma, y aunque durante un segundo pensó en intervenir, desechó inmediatamente tal idea. ¿Qué le importaba a él aquella discusión? Más inmediatamente tuvo que rectificar sus ideas abstencionistas.

Aleesha señaló con el índice, en gesto harto significativo, la salida de aquel lugar, e hizo ademán de volverse, pero en aquel

preciso momento ocurrió lo inesperado.

El árabe alargó su mano, asíó la delicada muñeca de la joven, y la hizo girar de un modo totalmente brusco, atrayéndola hacia sí de paso, sin reparar en que había un testigo presencial de la escena, y en el acto resonó perfectamente el restallar de una bofetada.

La mano de la princesa se había abatido sobre la mejilla del hombre, que lanzó un gruñido de cólera, sin que el gesto le hiciera desistir de su empeño, pero en el mismo momento en que sus labios iban a tocar los de Aleesha, Akmed se sintió bruscamente apartado a un lado.

Un torrente de excitadas palabras salió de sus labios, lo que hizo sonreír despreciativamente a Marko quien, aun sin comprender sus insultos, miró con desdén al hombre.

—¿Te molesta, Aleesha? —inquirió, sin perder al otro de vista.

—Déjalo. El solo se irá de aquí...

Pero estaba equivocada. Akmed lanzó un aullido cólera, e inmediatamente se abalanzó sobre el americano; su mano derecha desapareció entre los pliegues de su ropa, para salir un segundo después, armada con algo que brilló siniestramente.

Marko frunció el ceño. Aquello no lo esperaba él. Creyó que el árabe se echaba encima para una lucha a puñetazos, pero no le creyó tan traidor como para intentar degollarlo a sangre fría, en presencia de la dueña y señora de N'Daggar. Y cuando la cortante gümía descendía sobre él, su mano izquierda, con la velocidad de un rayo, avanzó al encuentro de muñeca de su adversario, deteniendo el golpe; simultáneamente su puño derecho hacía sentir sus demoledores efectos contra la mandíbula de Akmed, que salió disparado hacia atrás, dando dos o tres vueltas sobre sí mismo, antes de quedar medio arrodillado.

Marko se maldijo a sí mismo, por no haber puesto en práctica las enseñanzas de jiu-jitsu aprendidas en la Academia. Ahora su enemigo estaría desarmado y en igualdad de condiciones que él, pero no era el momento de hacerse reproches. Además, lo principal era evitar el mortífero golpe del acero. Si llegaban al cuerpo a cuerpo de nuevo...

Pero no. Akmed, el traidor, no quiso arriesgarse y súbitamente, cogiendo de improviso a Marko, que lo contemplaba y pensaba que se estaba rehaciendo de los efectos del rechazazo, echó hacia atrás su brazo y luego lo disparó en dirección al odiado infiel que podía estropearle todos sus planes.

Volteando en el aire, la gümía silbó trágicamente para evitarla, Marko tuvo que efectuar un violento *plongeon*, resbalando por el

pulidísimo suelo del inmenso salón, en tanto que el acero iba a parar al pie del gran ventanal, con estridente sonido.

Akmed y Marko se levantaron al mismo tiempo, animados de la misma idea: llegar cuanto antes al corvo puñal, y tan simultáneo fue el movimiento que las dos manos se encontraron en el mismo punto, en tanto que, con la libre, cada uno de ellos trataba de atontar a su enemigo a fuerza de golpes.

Durante unos minutos, contemplados por Aleesha que, muy abiertos los ojos, parecía haberse quedado paralizada por el terror, los dos hombres pelearon salvajemente por la posesión de la guma, pero un rodillazo al bajo vientre hizo a Marko lanzar un aullido de angustia y aflojar la presión que ejercía sobre la mano de su antagonista.

El golpe fue tan violento que lo hizo retroceder hasta que notó algo a sus espaldas que le impedía moverse. Se apoyó con una mano en la ancha barandilla del mirador, toda ella de roca, en tanto que se ponía la otra en el vientre tratando de recobrar el perdido aliento, pero no pudo entretenerse mucho en ello. Akmed cargaba ya sobre él, con una diabólica sonrisa de triunfo en el semblante, ardiéndole los ojos de júbilo y odio conjuntamente.

Dominando la debilidad que le había acometido. Marko se irguió, dispuesto a rechazar aquel nuevo ataque. Y como en la anterior ocasión, en el momento que el acero descendía sobre él, su mano salió al encuentro de la de su rival.

Pero en esta ocasión no fue la izquierda, sino la derecha, la que, como una férrea garra, atenazó la armada muñeca, con insuperable presión, y al mismo tiempo Marko avanzó el hombro del mismo lado.

Luego tiró hacia sí del brazo que crujió alarmanamente, y en el mismo momento, Akmed, sin poderlo evitar, sintió que sus pies perdían el contacto con el suelo y que, convertido en un grotesco pájaro —tal semejaba con sus flotantes ropas— se veía proyectado hacia adelante.

¡Y ante él no había otra cosa que el vacío!

Un vacío espantoso, de más de seiscientos metros de distancia hasta el duro suelo sahariano y al que se vio proyectado sin poderlo remediar, en tanto que su garganta se escapaba un alarido infrahumano. Marko se volvió, sin querer ver el fin que había tenido su antagonista, dándose cuenta de que Aleesha, palidísima, estaba a punto de caer al suelo, por lo que dio un salto hacia adelante y logró sostenerla en sus brazos, en el preciso momento en que la doncella, poniendo los ojos en blanco, perdía el conocimiento.

La reclinó sobre el conjunto de almohadones, frotándole las muñecas, pero no duró mucho su desvanecimiento. Aleesha abrió los ojos, volviéndolos a cerrar casi al instante como si quisiera huir del recuerdo que la empavorecía. Se calmó al fin, en vista de lo cual Marko se atrevió a dirigirle la palabra:

—Te ruego me perdones, Aleesha. No ha sido mía la culpa...

—Lo sé. Fue de Akmed. ¡Pero una muerte, tan horrorosa!

—Probablemente no habrá tenido tiempo de enterarse. Antes de llegar al suelo se habrá desvanecido. Esta habrá sido una piadosa solución para él —sugirió Marko.

Ella se levantó y le sonrió:

—Disculpame, teniente. Estoy necesitada de reposo.

—Lo comprendo —murmuró él, haciendo una inclinación. Luego contempló con delectación la maravillosa esbeltez de la figura que se alejaba hacia sus habitaciones, y, tras un leve encogimiento de hombros, encendiendo un cigarrillo se dirigió a la suya.

Se tumbó en su lecho, para reaccionar al momento, cuando oyó un extraño sonido vibrar en el éter.

Aquel crepitar continuó sonando insistentemente hasta que súbitamente Marko se incorporó, arrojando el cigarrillo, sospechando... Y queriendo confirmar sus sospechas, se asomó al amplio ventanal, mirando en todas direcciones sin conseguir ver nada, porque en aquel mismo momento el capitán von Radenstein había acabado su transmisión y recogido la antena de su aparato de radio.

Marko apretó los puños. Aquella fortaleza natural debía de ser un nido de espías del Eje. ¿Por qué, si no, los dos encuentros con las patrullas, el segundo en las mismas puertas de N'Daggar? A estas horas tenían que estar enterados de su presencia y no tardarían mucho en ser prisioneros, cuando no eliminados sin piedad. Y él —imbécil se llamó a sí mismo con harta amargura en el ánimo— había accedido a entregar sus armas, confiado en que allí estarían seguros, ¡Qué idiota había sido! Ahora lo veía claro.

Salió de su habitación y tras no pocos titubeos halló el pasaje que desembocaba en el valle. Amplias plataformas de aquella negruzca roca, pulimentadas como espejos, separadas por suaves escalinatas que daban acceso a frondosos jardines, constituían la entrada al palacio en la que no se había fijado apenas a su llegada. Era aquel un digno prólogo al maravilloso paisaje que se divisaba y por cuya inefable paz, en un todo alejada del conflicto —una de cuyas infinitesimales partes era él— se dejó ganar, permaneciendo

silencioso y extático durante unos minutos.

Pero de aquella muda contemplación fue sacado cuando una deliciosa voz resonó, con agradables inflexiones, a sus espaldas:

—¿Te gusta mi palacio, teniente?

CAPÍTULO VIII

G'Bwaii estaba tranquilamente charlando con su amigo Zeash't, cuando unos gritos que oyeron les hicieron suspender la intrascendente conversación. Cesaron las voces durante un momento, en tanto que los dos amigos miraban curiosamente hacia arriba, lugar del que procedían las exclamaciones que habían escuchado, para reanudarse al momento en un alarido escalofriante que llenó de pavor los corazones de ambos, haciéndolos levantarse y asomarse al pretil de su ventana, en el mismo momento en que Akmed, incapaz de sostenerse, soltaba las manos y se desplomaba en el vacío.

Todos los pillos suelen tener suerte, y Akmed no iba a constituir una excepción a la regla, por lo que, tras recorrer unos metros en el aire, tropezó en su caída con unas ramas secas que sostuvieron su cuerpo, no sin que de aquel árbol muerto tiempo atrás, comenzaran a salir alarmantes crujidos, que indicaban que no iba a resistir mucho más.

Akmed vio las cabezas de los dos hombres a unos metros de él y no tuvo que simular pavor para pedir auxilio por gestos, no queriendo ser escuchado desde arriba, convencido de que no miraban y de que le creían ya estrellado contra el suelo, que parecía desde aquel lugar, alejadísimo.

«¡Daos prisa!» —pareció decir, y a continuación, señaló a las ramas, de cuyas raíces comenzaban a desprenderse piedrecillas que indicaban que el desfajarse totalmente era cuestión de segundos.

G'Bwaii comprendió en un segundo lo que tenía que hacer. Se quitó el negro turbante, desliándolo con inusitada rapidez y arrojó uno de los extremos del improvisado cabo hacia el lugar en que se hallaba padeciendo amargas angustias Akmed, el cual, con una mano, asió lo que iba a ser su salvación, en tanto que G'Bwaii exclamaba:

—¡Sujétame por la cintura, Zeash't! —y afirmó los pies contra la base del parapeto, sosteniendo con fuerza el turbante, notando en el peso que Akmed se había salvado.

Este apareció poco después, y ayudado por los dos amigos, saltó al interior, sentándose en los cojines, sin aliento, sudoroso, pálido a pesar de su renegrido rostro, y exclamando:

—¡Gracias sean dadas a Allah! Y a vosotros, mis amigos.

—¿Qué es lo que te ha ocurrido, Akmed? —inquirió G'Bwaii.

—No lo sé —contestó el interrogado, fingiendo confusión—. Solamente sé que me asomé al parapeto del salón y que de repente, algún espíritu maligno sin duda ofuscó mi mente, haciéndome desvanecer por un segundo. Cuando recobré todos mis sentidos, me hallé sujeto por las raíces, pero a no ser por vosotros ahora me encontraría al pie de N'Daggar.

—Tendremos que decírselo a Aleesha —sugirió G'Bwaii—. Hay que tranquilizarla.

Durante un momento Akmed lo miró aviesamente. Un criminal pensamiento cruzó por su cerebro y, aunque su primera intención fue rechazar tan horrible idea, esta se le fijó obsesivamente. No podía arriesgarse a confiar en aquellos dos amigos. Sabía positivamente que por mucha lealtad que pudieran ofrecerle, guardándole el secreto, más leales eran a Aleesha, y no dejaría de extrañarles el que a Akmed le conviniera pasarse por muerto. De modo que, pasados unos minutos durante los cuales se recuperó y normalizó su respiración, se levantó, frotándose el brazo que había sufrido la presa de Marko y, antes de que el sorprendido G'Bwaii tuviera tiempo de reaccionar, antes de que pudiera darse cuenta de las atenciones de su antagonista, al que no consideraba como tal, este echó mano al mango de la gümía que su amigo, despojado de la chilaba, llevaba a la vista, sobresaliendo de la faja roja, y en un veloz movimiento, pasó el filo agudísimo del arma por la garganta de G'Bwaii, que se desplomó al suelo, pataleando convulsivamente, en tanto que de la horrible herida salía un caño de sangre.

Aquel repugnante hecho dejó estupefacto, atónito, a Zeash't, que no acababa de comprender como un hombre al que ellos acababan de salvar de la más espantosa de las muertes, se lo agradecía de tan siniestra manera. Esto fue su perdición, porque cuando quiso reaccionar, ya había sufrido la misma suerte que su compañero y se debatía en el suelo, en las ansias de la muerte.

Akmed no perdió el tiempo, contemplando el fruto de su obra. Uno tras otro, los dos infelices, quizá conscientes aún, fueron tirados por encima de la ancha barandilla y arrojados al precipicio que abría sus fauces allí mismo, y cuyo fondo se hallaba a más de seiscientos metros.

Se asomó Akmed, regodeándose con insana satisfacción, viendo caer, uno tras otro, rebotando en Algunos salientes rocosos, los dos cadáveres, pensando que había tenido suerte al no correr la de ellos, hasta que se hicieron tan pequeños, que materialmente fue imposible verlos, estuvo asomado, retirándose a continuación y

pasando a una habitación contigua, donde una fuentecilla manaba agua constantemente, saliendo por un orificio hecho en la roca para unirse a un arroyo común que desembocaba en la entrada del valle.

Con un recipiente que tomó, lavó las manchas de sangre, abundantes en extremo, hasta que quedó satisfecho de su labor. Akmed se había educado en el extranjero una temporada y se dijo que aquello no resistiría un detenido examen de un policía consciente de su obligación, pero por fortuna en N'Daggar estaban libres de aquellos enojosos inconvenientes de la civilización. Se cambió de ropas, tomándolas del vestuario del infortunado G'Bwaii y arrojó las suyas al precipicio, ya que estaban rotas y desgarradas, además de manchadas, y tras cubrirse el rostro como era habitual entre los que vivían allí, salió al corredor, dirigiéndose a la habitación de von Radenstein, para lo cual tuvo que ascender una serie de escalones en amplia espiral que lo llevaron al salón central.

Y en el momento en que entraba en la habitación del germano, formulándose promesas que de haberlas sabido Marko, le hubieran erizado los cabellos, este se volvía y contemplaba a Aleesha que se acercaba a él, levemente sonriente, recobrado el espíritu, después de la horrible escena que había presenciado unas horas antes.

—Es maravilloso. Así no hacen falta más elogios, Aleesha —respondió Marko a la interrogante de ella.

—Sí. Tienes razón, teniente. Pero, cuando se lleva mucho tiempo viviendo aquí, acaba por resultar monótono.

—¿Monótono? —se echó él a reír—. No sabes lo que daría yo por quedarme a vivir eternamente en N'Daggar.

—Me temo que eso no sea posible —movió Aleesha la cabeza—. Hasta ahora ha estado esto tranquilo, precisamente porque el mundo ignoraba su existencia. Pero, o mucho me engaño, o esta paz idílica de que disfrutamos va a desaparecer dentro de muy poco.

—¿Qué es lo que te hace suponer eso? —inquirió él, extrañado. Aleesha había echado a andar, descendiendo por la escalinata, y él la siguió hasta un rincón del frondoso jardín que había al pie, junto a un surtidor, cuyo monorrítmico sonido resultaba altamente agradable al oído.

Aleesha decidióse a contestar la interrogante planteada:

—Ya hay una nación que ambiciona establecerse aquí. De momento me he negado, pero si insiste y usa la fuerza, fracasada la diplomacia, ¿crees que podremos resistir los ataques? Aunque alejados del mundo, no dejamos de saber que hay medios capaces de hacer rendirse a N'Daggar. Hasta que los hombres marcharon,

más o menos rápidamente por tierra, esto se hallaba suficientemente protegido. Únicamente se puede entrar por la Puerta del Sol, llamada así porque da al Oriente. Pero hoy los hombres son arrojados con paracaídas, y aquí somos muy pocos, aparte de que ni siquiera tenemos otras armas que espingardas dignas de figurar en un museo y que se han usado como elemento decorativo, más que como elementos de combate.

—¿Cómo sabes que hay quien quiere establecerse en N'Daggar?

Suspiró Aleesha, hinchándosele el bien formado busto:

—Ese hombre que tú has muerto —no te echo la culpa de ello, ya que fue tanto en tú propia defensa como en la mía— me propuso primeramente ceder a los deseos de los alemanes. Como me negué rotundamente, me hizo proposiciones matrimoniales. Creyóse sin duda que iba a acceder y que una vez casados, él sería el amo y señor de N'Daggar, mandando a su antojo. Por eso se enfureció, olvidándose de que tú no te hallabas muy lejos. Lo demás ya lo sabes.

A Marko le pareció que la luz comenzaba a abrírsele paso hasta su cerebro. Había pensado primeramente que la ocasión era pintiparada para reclamar las armas que les habían recogido, más ahora, recapacitando se dio cuenta de que el tecleo del Morse que había escuchado no lejos de su habitación no había sido una ilusión suya, sino una realidad tangible. Pero de momento no quiso confiarse a la mujer.

—Lo que no me explico es —trató de desviar deliberadamente la conversación—, por qué aquí reina una temperatura deliciosa, en tanto que a poca distancia parece un horno el ambiente.

—Nadie lo sabe, Marko. N'Daggar ha sido así y será hasta que el sol se apague. Aunque ahora ya deje de ser algo conocido de nosotros solamente y el secreto se convierta en algo del dominio público. Vendrán periodistas, cameramen, fotógrafos, no faltará director de cine que quiera hacer su correspondiente película. En fin, que N'Daggar perderá su encanto actual y se convertirá en atracción de turistas.

—Hay algo que no entiendo, Aleesha.

—¿Qué es ello? —lo miró con sus enormes ojos, y Marko comenzó a notar que se derretía.

—Dices que N'Daggar es desconocido del mundo. Pero, a lo que observo, este no lo es para ti. ¿Cómo se explica este aparente contrasentido?

Sonrió ella cuando contesto:

—Me eduque en Suiza. Eso te lo explica todo, ¿no?

—Y, ¿cómo te hicieron a ti la reina de todo esto? Porque, según he visto, aquí no hay más palabra que la tuya.

—Mi padre, Shizar, era el príncipe de N'Daggar. Tuvo una visión clara de lo que le iba a ocurrir, no solamente a él, que se encontraba gravemente enfermo, sino al mundo cuando este se sumergiera, como lo está ahora, en un océano de sangre, y me llamó, sin dejarme terminar totalmente mis estudios.

—Sin embargo, he visto que aquí hay muy pocas cosas que recuerden la civilización. Y entre estas hay algunas muy útiles.

—Mi pueblo sería muy reacio a innovaciones, aunque yo comprendo que tienes harta razón, Marko. Una vez concluya la actual conflagración, tendré que estudiar ese problema. Mi espíritu es de esta era y deberé ingeniármelas para compaginar lo que era hace dos mil años, con lo que acaba de descubrirse hoy.

—Veo que N'Daggar tiene un remoto parecido con Shangri-La. ¿También aquí tiene la vida una duración anormal?

—¡Oh! No. Pero la ventaja principal de N'Daggar reside es su apartamento del mundo, que en resumen, es la base de su felicidad. El día en que seamos invadidos, y no tardará —vosotros sois las primeras avanzadas— esto perderá de un golpe todo su encanto y poesía.

Callaron ambos un momento, dejándose ganar por el augusto silencio del crepúsculo, apenas interrumpido por la canora música del agua y por el susurro de las hojas de los árboles, movidas por la fresca brisa, que traía en sus alas aromas indefinibles. Y Marko, sin poderlo evitar, fascinado por los ojos de Aleesha que le miraban continuamente de un modo extraño, se inclinó sobre ella, y rodeándole los hombros con uno de sus brazos, acercó sus labios a los de la mujer, que anhelantes se entreabrieron, aguardando el momento de recibir su primera caricia amorosa. Pero no habían llegado a unirse, cuando de pronto Marko se sintió arrojado bruscamente hacia adelante.

Intentó levantarse, pero no pudo. Notó unas patas elásticas que se le apoyaban en los hombros, y las puntas de unas garras que le traspasaban la camisa, llegándole a flor de piel, al propio tiempo que un cálido aliento le soplabá junto a los oídos, juntamente con el runruneo de un enorme gato.

Volvió a intentarlo, pero sé quedó quieto cuando notó que el animal que estaba encima de él gruñía de un modo nada tranquilizador; más en el mismo momento oyó la voz de Aleesha:

—¡Aquí, Shasta! ¡Déjala!

Marko sintió que el animal se alejaba de él y, dando media

vuelta, se quedó sentado en el suelo, llenándose de estupefacción al contemplar el manchado leopardo que se frotaba cariñosamente contra las piernas de la mujer, la cual le reprendía:

—¡Eso no se hace, Shasta! ¡Este hombre es mi amigo! ¿No es cierto, Marko?

—Siii... claro. Yo... yo soy tú... tu amigo —replicó este, aún no recuperado del susto que le había producido la fiera y sin tenerlas todavía todas consigo. Se incorporó, limpiándose las manos, oyendo cómo Aleesha ordenaba al felino:

—¡Dale la mano a tu nuevo amigo! ¡Así! —miró a Marko, que dudaba, y le animó—: ¡No tengas miedo! Si yo quiero no te hará ningún mal.

Marko tocó con su mano la garra del leopardo, en cuyo cuello se veía una áurea cadena, uno de cuyos eslabones estaba roto, y luego se sentó en el lado opuesto, rezongando:

—Ese animalito podía haber venido un minuto, solamente un minuto después —y sin hacer caso de la argentina carcajada con que la mujer acogió su defraudado comentario, preguntó—: ¿De dónde has sacado este gato, Aleesha?

—Salimos una vez de caza por el desierto y matamos a la madre. Dos hermanitos suyos murieron por no aclimatarse, pero «Shasta» resistió perfectamente la prueba y aquí lo tienes, que solamente me hace caso a mí. Yo lo cuidé hasta que se supo valer por sí mismo. De todas formas, no le dejamos salir del palacio si no es conmigo. Pero estos días se hallaba enfermo y han descuidado su vigilancia. Ha mejorado y...

Seguro de que el leopardo ya no le haría nada, Darby pensó en reanudar la interrumpida «conversación», pero en aquel momento la que cesó en sus palabras fue ella, cuando vio una mujer correr apresuradamente hacia el lugar en que se encontraban, lanzando agudos gritos, se levantaron ambos, impulsados por un mismo movimiento, pero Marko se quedó sin entender lo que decía aquella excitada esclava, semidesnuda, de una piel algo más oscura que la de Aleesha.

El rostro de esta comenzó a turbarse, palideciendo. Marko notó inmediatamente que no eran buenas noticias las que traía aquella muchacha, que, apenas había acabado de hablar, se arrojó al suelo, revolcándose y mesándose los cabellos, en tanto que de su boca se escapaban agudos lamentos y quejidos. Aleesha se inclinó, tratando de consolarla, y al cabo de un rato, la mujer, todavía sollozando se marchó, por lo que entonces Darby pudo inquirir:

—¿Qué es lo que le ocurre? ¿Qué malas noticias han traído?

—Su marido, Zeash't, estaba hablando con G'Bwaii, y ambos han desaparecido. Al pie del farallón se divisan dos cuerpos y teme que sean los de ellos.

—No lo acabo de entender, Aleesha —murmuró Marko.

—¿No lo entiendes aún? —dijo ella muy seria, en actitud preocupada—. Si los cuerpos que hay allá abajo son los de Zeash't y G'Bwaii, ¿dónde está el de Akmed? Tendrían que divisarse tres.

Se iluminó el cerebro de Darby:

—Pero... ¡no es posible! —exclamó asombrado—. ¡Ha tenido que matarse!

—¿Lo viste tú caer? —inquirió ella—. ¿Seguiste la caída de su cuerpo cuando saltó al vacío?

—¡No! No lo hubiera podido resistir —confesó él, sinceramente.

—Entonces, no lo dudes más, Marko. Debajo del mirador hay unas raíces de un árbol que se secó hace muchos años. Akmed se debió quedar enganchado allí, los dos muertos lo salvaron y él, para no delatarse, y que creyéramos que se había estrellado contra el suelo, los mató. No quiso correr ningún riesgo.

—Y, sin embargo, no le han servido de nada esas dos muertes —murmuró para sí Marko, que miró bruscamente a Aleesha—. Tengo que pedirte una cosa y espero no me la rechazarás.

—¿Cuál es? —preguntó ella, angustiada, presintiendo próximos peligros.

—Haz que nos devuelvan nuestras armas. En esta situación no podemos seguir así. No quería decírtelo, pero me veo obligado a ello, Aleesha. Aquí, en N'Daggar, hay un espía alemán, y transmite por radio sus informaciones.

La muchacha se llevó las manos al pecho, abriendo mucho los ojos como si no creyera en las palabras que acababa de escuchar:

—¡No es posible! —musitó, agitada, conturbada por la terrible revelación.

—No solamente es posible, sino que yo he escuchado el tableteo del Morse, lo cual me ha hecho sospechar que ese espía está muy cerca de mi estancia.

—¿Qué piensas hacer, pues, Marko?

—Voy a reunir mis hombres, Aleesha. Cuando los tenga a todos, iré a verte al salón principal y tú nos acompañarás al lugar donde guardaron nuestras armas y municiones, para hacer que nos las devuelvan.

—Pero... sois muy pocos —objetó ella, débilmente.

—Menos valdremos si no podemos defendernos... y defenderte a ti de paso. Estoy seguro de que Akmed no te guarda precisamente

un cariño excesivo y que tratará de vengarse de ti. Espéranos allí y no te separes para nada de «Shasta». El será tu mejor salvaguardia.

Se levantó Marko, y todavía pudo apreciar los ojos de ella que lo miraban con ternura.

—Ven cuanto antes, Marko —dijo, sencillamente, y el corazón del hombre se desbordó de júbilo, conteniéndose para no abrazarla allí mismo; se desasíó de la mano que le había retenido un fugaz segundo y echó a correr.

Afortunadamente, Waverley, estaba ya en su habitación y se levantó de un salto cuando vio el rostro de su superior demudado:

—¿Qué le ocurre, señor?

Marko se lo explicó en pocas palabras, concluyendo:

—Vayamos al lugar dónde está el resto de los hombres. Quiero que sepan todos lo que pasa y que se den cuenta de la gravedad de nuestra situación. O mucho me engaño o pronto tendremos aquí aviones con la Cruz de Hierro sobre sus alas.

—¿Usted cree, teniente?

Rio sarcásticamente este:

—No solamente lo creo, sino que lo afirmo, Kilbur. Pocos somos, pero si obramos con cuidado, les estropearemos el plan.

Se lamentó el sargento, en tanto caminaba:

—¡Qué lástima, teniente! Lo bueno no suele durar mucho, pero es que esta vida tan estupenda, no ha durado ni veinticuatro horas. ¡Y he visto una morenita allá abajo en el valle, que me sonreía la mar de picarescamente! Mañana tenía una cita con ella...

Pero Marko no le hizo el menor caso. Caminando rápidamente en pocas zancadas, se halló en la estancia que había sido destinada a los hombres que habían salido con vida, los cuales estaban a punto de echarse a dormir, para disfrutar de un bien ganado reposo. Comprobó, alegrándose, que no faltaba nadie, y en pocas, pero medidas palabras, les explicó lo que ocurría y el plan que había pensado, terminando:

—Una vez tengamos las armas en nuestro poder, por parejas, registraremos todo, hasta dar con el espía. Me gustaría que viviera, pero si no hay otro remedio y se defiende, disparad contra él. Ahora bien, fijaos en lo que os voy a decir y que es de vital importancia: hay que conservar a todo trance, sea como sea, la emisora. Quizá él, al verse descubierto, intente inutilizarla. Aquellos que lo encuentren que tengan bien presente esto. La emisora. Es lo principal. Así advertiremos al Mando nuestra situación y lo que ocurre. ¿Enterados?

Un coro de voces le respondió afirmativamente, y Marko se

volvió, dirigiéndose hacia la salida, pero en aquel momento, un enorme golpazo conmovió las paredes.

¡La puerta, gruesa, pesada, fabricada de la misma roca, se había cerrado violentamente, impidiéndoles la salida y dejándolos confinados, prisioneros, en aquella estancia!

Después de aquel trueno, otros le siguieron: los juramentos de Waverley que no se pudo contener. Y cuando agotado, jadeante, calló, a todos les pareció escuchar una sardónica carcajada del otro lado de la puerta. A Marko no le quedó la menor duda de quién era el que la había proferido, y tembló por la suerte de Aleesha.

CAPÍTULO IX

Akmed corrió a la estancia en que se hallaba el agente alemán, pero se la encontró vacía. Von Radenstein había salido, y Akmed ignoraba la dirección que su circunstancial aliado podía haber tomado.

Durante unos minutos, con la puerta prudentemente cerrada, permaneció paseándose, mordiéndose los labios con evidentes señales de la tormenta de ira que agitaba su alma, hasta que al fin se decidió salir.

Cruzando el pasillo que daba al exterior, se asomó a la escalinata, llegándole el rumor de una conversación. Desde la distancia en que se encontraba, no podía entender claramente las palabras, pero, arrastrándose con todo cuidado, ocultándose tras los macizos de flores, llegó a escasos metros de donde se hallaba la pareja, y un huracán de celos y odio invadió su pecho, cuando apreció que Aleesha no oponía ninguna resistencia a las caricias de Marko.

Haciendo un sobrehumano esfuerzo de voluntad, logró contenerse, presenciando todo lo que ocurría, incluida la aparición de la mujer de Zeash't, uno de los dos que él había asesinado, dándose cuenta de que su crimen había sido descubierto, pero no por eso pensó en huir.

Tenía que enterarse, y se enteró, de lo que trataban los que ya consideraba como sus enemigos, y cuando Marko se levantó, él, procurando no hacer ruido, echó a correr de nuevo para encontrarse con Radenstein, a quién contó todo lo que había averiguado.

Demudóse ligeramente el rostro del alemán, al saber que su secreto había dejado de serlo, y exclamó:

—Es preciso obrar rápidamente. Anticiparnos a ellos.

—Sí, pero ¿cómo?

—¿No dices que el americano va a reunir a sus hombres?

—Esos son sus propósitos.

—Escucha, Akmed. Los siete soldados americanos tienen una habitación común, ¿no es eso?

—Cierto.

—Procura encerrarlos en ella. Y si puedes al teniente y al sargento con ellos, mejor. Están desarmados. Toma, pero si puedes

no hagas más que amenazarlos. No dispares más que en caso necesario, y procura obrar antes de que recuperen sus armas.

Akmed tomó la pistola que le ofrecía su interlocutor y, mientras que este se quedaba junto al transmisor, comunicando las novedades que había, corrió por los pasillos, teniéndose que esconder en un recodó hasta que pasaron por su lado, sin verle, no sospechando siquiera que pudiera estar allí, Darby y Waverley, hablando excitadamente entre sí. Y cuando le rebasaron, dejó pasar un tiempo prudencial antes de dirigirse al lugar hacia el que se habían encaminado, quedándose junto a la puerta y escuchando las palabras que pronunciaba el teniente.

Cuando este acabó, y Akmed supuso que iban a salir, se anticipó a la acción, cerrando la puerta. Y no pudo contener una sardónica y estridente carcajada que resonó claramente en el corredor.

—Nuestros enemigos ya están inutilizados. Como no se conviertan en águilas, dudo mucho que puedan salir del encierro que les he buscado —rio abundantemente cuando comunicó a von Radenstein tan excelentes noticias.

—Está bien —dijo este—. Ahora vamos en busca de Aleesha. La obligaremos a que acceda a nuestros planes.

—Es muy testaruda, y capaz de negarse solamente por haberse enamorado del americano —objetó Akmed.

—En la guerra mueren cada día millares de hombres. ¿Qué importancia puede tener una vida más o menos? —y la sonrisa que acompañó a las palabras del barón, era harto significativa, tanto que incluso el mismo Akmed no pudo evitar que un gélido escalofrío le recorriera la espina dorsal. Echó a andar tras el alemán, y en pocos minutos desembocaron en el gran salón, haciendo que se levantara, enormemente sorprendida, Aleesha, que no era a ellos precisamente a quienes esperaba.

—¿Qué es esto? —inquirió altivamente—. Akmed, ¡vete de aquí! Vete y olvidaré tus insultos, así como tus intentos de asesinato hacia el teniente Darby.

—¿Estás enamorada de él, verdad? —sonrió el árabe, complacido al ver que un tono de púrpura había aparecido en las mejillas de Aleesha.

Esta vaciló. Apenas había hablado dos veces con Marko, pero sin embargo se había sentido notablemente inclinada hacia él. ¿Flechazo? ¿Amor a primera vista? No supo responder, porque no sabía exactamente cuáles eran sus sentimientos hacia el americano, pero sí se dijo que su corazón se inclinaba fuertemente hacia él. Y, en consecuencia, sus palabras reflejaron exactamente su estado de

ánimo:

—Es probable que mi corazón sea suyo desde el primer momento en que le vi, pero en todo caso, mis sentimientos son absolutamente míos y no tengo por qué discutirlos contigo, Akmed. Únicamente te diré que espero vuelvas a la obediencia y encierres ese espía alemán, que no otra cosa que desgracias puede traernos.

—Tu gallardo amante está a buen recaudo, como lo estarás tú ahora, Aleesha. Y quieras o no, serás mi mujer, y yo el dueño de N'Daggar.

—Conozco desde hace tiempo tus intenciones, pero no lo lograrás, ¡traidor! Ahora mismo llamaré y...

Aleesha echó a correr hacia el *gong*, con ánimo de dar la alarma, pero antes que ella, llegó el germano deteniéndola por la muñeca, con lo que la mujer, al sentir la presión, no pudo por menos de exhalar un grito, al que contestó un poderoso rugido.

Akmed y von Radestein se quedaron helados al invadirles el pavor más abyecto. No se habían dado cuenta de que «Shasta», el leopardo, se hallaba detrás del enorme diván en que reposaba Aleesha, y que al sentir el grito de auxilio que daba esta, se irguió sobre sus patas, dispuesto a defender a su dueña, que volvió a pedir socorro.

Una mancha negra y amarilla cruzó el salón en dos ágiles y larguísimos saltos. Von Radenstein vio lo que se le echaba encima y, soltando la mano de la mujer, trató de llevársela al interior de la chilaba, para sacar la pistola y defenderse de la fiera que, en un salto prodigioso, extendidas las garras, caía sobre él, babeando de furia.

Derribó al germano, que lanzó un alarido de espanto, cortado al momento cuando los enormes colmillos de «Shasta» se le clavaron en la yugular; al mismo tiempo que Akmed, aterrorizado, desenfundaba la pistola y disparaba enloquecido hacia el leopardo, que rugió atronadoramente al sentir en su carne las desgarraduras de los proyectiles.

La mano de Akmed temblaba extraordinariamente, pero su fortuna, hasta el momento no dejaba de acompañarle, porque una bala mejor dirigida que las demás, partió en dos la columna vertebral del felino, que empezó a quejarse lastimeramente, imposibilitado de andar. Y en el mismo momento, Aleesha, sentía un violentísimo golpe en la sien y quedó sumida en un negro pozo sin fin.

Pero el traidor, de momento, no reparó en ello. Enloquecido, continuó disparando hasta agotar los proyectiles de su pistola,

abatiendo al animal que, inutilizado por aquel certero balazo, no pudo moverse y cayó encima de von Radenstein. Luego, todavía temblando, vibrando aún en el espacio los ecos de los disparos, miró hacia la figura de la mujer que se hallaba caída en el suelo, con la cara cubierta de sangre.

Más antes de que tuviera tiempo de ir a socorrerla, un grupo de excitados hombres irrumpió en la habitación, quedándose paralizados al ver el sangriento cuadro. Akmed se dio cuenta rapidísimamente de lo que podía ocurrir si no se les anticipaba y exclamó:

—¡Mirad! ¡Mirad al espía americano que se había introducido con falsos ensayos entre nosotros! Vino aquí para esperar a los otros que llegaron más tarde, y así preparar el terreno para que sus tropas desbarataran nuestra pacífica y ordenada vida. ¡Miradlo y contemplad cómo se deshizo de nuestra divina Aleesha, a quién mató por no querer acceder a sus sucios propósitos! También mató a «Shasta», el leopardo favorito de nuestra princesa, pero no pudo conmigo, y yo vengué la muerte de ambos, con una de sus propias armas.

Calló un momento Akmed, simulando intensa pena, y prosiguiendo con sus embustes:

—Llevad a Aleesha a sus habitaciones. Se le harán los funerales que corresponden a su elevada estirpe. Entretanto, y mientras que el Consejo de N'Daggar decide quien ha de ser su sucesor, yo gobernaré procurando imitarla en todo, para que no se note su ausencia.

Los hombres obedecieron asombrados, tomando entre tres o cuatro a la mujer y llevándola a sus habitaciones, pero otros tantos se quedaron deliberadamente rezagados, reuniéndose en círculo alrededor de Akmed, quien empezó a repartirles instrucciones, que acogieron asintiendo mudamente, sin hacer la menor objeción. Y luego, tres marcharon con el propio Akmed, en tanto un cuarto, tomando la pistola que el alemán no había tenido ni tiempo para usar, se encaminaba hacia la puerta de la estancia, en la cual unos americanos, se encontraban paseando furiosamente, como fieras enjauladas, profundamente decepcionados por la encerrona de que habían sido objeto.

La noche transcurrió sin que ninguno de ellos durmiera apenas, y todavía el nuevo día no era más que una débil claridad en el horizonte, cuando Marko, con los ojos cargados de sueño, pero sin haber podido cerrar los párpados buscando una solución al problema, se acercó al mirador, contemplando el panorama que se

extendía hasta el infinito.

Se acodó, fumando pensativo un cigarrillo, ajeno a los pocos y desganados comentarios que se hacían a sus espaldas, y de repente la inspiración que toda la noche había estado buscando en vano, acudió a su mente, haciendo que su cuerpo se tornara rígido, en tanto que de su boca se escapaba una interjección que no pudo reprimir.

—¿Le ocurre algo, señor? —Waverley se le acercó solícito.

—Ocurre simplemente que hemos hallado el medio de salir de aquí. Kilbur.

—No me diga, teniente. ¿Se imagina que a alguno le nosotros nos ha salido alas?

—Algo parecido, sargento —repuso Marko, sin hacer caso del mordaz comentario de su subordinado—. Haga que todo el mundo se desciña las fajas, y átelas una a una, procurando que haya fortaleza en las uniones.

—¡Cáspita! Creo que empiezo a comprender, señor —y acto seguido empezó a hacer lo que le mandaban, ayudado por sus hombres, que vieron en la idea del teniente una solución para aquel mal común.

Cuando la improvisada maroma estuvo concluida. Marko probó todos los nudos, quedando satisfecho de la labor realizada. Luego se lio al cuerpo uno de los extremos de aquella cuerda, y se encaramó en el parapeto:

—Ustedes sujeten bien el otro extremo, procurando no hacer el menor ruido. Que se quede uno en la puerta, escuchando.

—Es muy peligroso lo que va a hacer, señor —se atrevió a decirle Eskin.

Marko sonrió:

—No hay más remedio que jugarse el tipo, amigo. Peor será cuando lleguen los alemanes y por lo que a mí respecta, voy a procurar que no me cojan encerrado en esta ratonera.

No nudo evitar el mirar hacia abajo, sintiendo un escalofrío de espanto al ver la enorme distancia que había hasta la superficie del suelo. En aquellos momentos envidió lo bien templados nervios de los obreros que, desafiando al vértigo, se encaramaban a lo más alto de los rascacielos neoyorkinos para hacer alguna reparación, aunque dudó mucho que uno de estos se hubiera mantenido sereno a aquella altura más del doble que la del Empire State Building.

Pero, agarrándose a la maroma, se dejó caer por el precipicio unos cuantos metros, separándose de vez en cuando con los pies, y procurando que los impulsos del balanceo que daba, lo fueran en

sentido pendular paralelo al farallón, para así alcanzar la ventana que, aunque contigua a aquella que acababa de abandonar, todavía se encontraba a más de doce metros de distancia en ligero desnivel, y que hábil visto cuando se asomara anteriormente.

Tras de moverse y danzar como la araña al extremo del hilo que pende de su red, logró alcanzar con las manos un pequeño saliente rocoso, pero aún le quedaba una longitud superior a tres veces la de su cuerpo para llegar a la salvación.

Afortunadamente, el farallón no era liso totalmente. Tampoco sus irregularidades eran tales que permitieran moverse cómodamente, pero la seguridad que le ofrecía la improvisada cuerda que llevaba sujeta a la cintura, surtió sus psicológicos efectos, y aun a costa de algún que otro resbalón, al fallarle el pie — lo que hizo que la frente se le cubriera de sudor— logró poner las manos en el parapeto de la vecina estancia.

Hecho esto, lo demás fue fácil. Saltó al interior, desatándose la faja, y todavía no había caído esta al suelo, cuando un hombre, despertado bruscamente, se arrojó sobre él.

Durante un segundo, Marko se quedó boquiabierto. Había creído que todos los hombres de N'Daggar tenían que ser a la fuerza leales a Aleesha, más pensó que no era extraño en aquel nido de intrigas, que algunos de ellos fueran más amigos de Akmed que de su princesa, por lo que se preparó para recibir dignamente al hombre que se arrojaba sobre él.

Recordando sus experiencias anteriores, la lucha no tuvo color ni historia. El árabe volteó por encima del parapeto, y acto seguido, sin poder evitarlo, aullando como un poseído al saber la horrible suerte que le esperaba a seiscientos metros más abajo, saltó al vacío, aleteando sus ropas trágicamente.

Marko se asomó al mirador, apreció tres o cuatro ansiosos rostros, y les sonrió para tranquilizarlos:

—¡Estad preparados! Voy enseguida.

Rebuscó entre las ropas y objetos que había en la estancia, y sacó algo que le hizo parpadear de asombro y alegría al mismo tiempo: una pistola ametralladora, con varios cargadores. Aquel Akmed sabía hacer bien las cosas, se dijo, y abriendo la puerta, se lanzó por el corredor encaminándose directamente hacia el lugar en que estaban sus hombres.

Mas apenas había enfilado aquella dirección, cuando se dio cuenta de que un hombre estaba allí de vigilancia, con un arma larga en la mano, sin que la semioscuridad reinante le permitiera apreciar si solamente era un fusil o un ametrallador. Pero no tenía

tiempo que perder en estas disquisiciones. Aun repugnándole lo que iba a hacer, comprendió que aquel árabe, en cuanto le echara la vista encima, no dejaría de usar su arma, por lo que, saliendo al centro del corredor, alzó su «Thompson».

El centinela se dio cuenta de que un hombre se hallaba a corta distancia de él, con no muy buenas intenciones, a juzgar por sus gestos, y se echó el fusil a la cara, en el mismo momento en que media docena de trocitos de plomo se le incrustaban en el vientre.

Su grito de agonía resultó acallado por el trueno continuado de la ráfaga de disparos, y tras unos movimientos espasmódicos, se quedó muy quieto, en medio de su propia sangre, soltando el fusil, que, junto con la llave de la habitación, recogió Marko, poniendo en libertad a sus hombres.

Salieron estos en tropel, aullando como condenados al saberse libres y Waverley se hizo cargo del fusil, comprobando la carga y suspirando de satisfacción:

—Todavía quedan más —dijo.

—Ya lo sé —replicó Marko—. Pero ahora lo que nos interesa es hallar la emisora como convinimos anoche, antes de que cayéramos en la trampa. Vaya usted con un par de hombres y guárdela como sea. ¿Lo entiende?

—No hace falta que me lo diga, señor —sonrió el sargento, llamando a continuación—: ¡Sills, McKilkenny, venid conmigo!

—El resto detrás de mí. Registraremos todo hasta dar con nuestros fusiles.

Echaron a correr, más apenas habían salido al punto en el que convergían las galerías, cuando, inesperadamente se tropezaron con dos hombres armados.

La sorpresa de estos fue evidente, ya que no esperaban que sus prisioneros hubieran conseguido evadirse. Seguramente se preguntaron a sí mismos de qué forma habían consumado la fuga, pero no pudieron saberlo, porque del automático de Marko, en ensordecedor y continuado trueno, brotaron una serie de llamaradas que derribaron exánimes, en confuso montón, a los dos árabes, sin darles tiempo a usar sus armas y que en realidad no eran suyas, sino de aquellos que ya se peleaban por quedárselas.

Sonriendo para sí, Marko acalló la disputa, dándoselas a quién le pareció iba a utilizarlas mejor, y dijo:

—Somos nueve, de los que dos forman el grupo del sargento Waverley. Otro irá con Eskin, que tiene un fusil. Quedamos cuatro. McKilkenny conmigo y Tomkin y Sills juntos. Recordad esto bien: la emisora de radio, y cuando la hayáis hallado, uno de vosotros que

venga aquí y haga fuego tres veces seguidas. ¡Vamos!

Desaparecieron los diversos grupos por los corredores desiertos, hasta que Marko recordó de pronto que el sonido del Morse se había escuchado muy cerca de la estancia que tuviera asignada y se encaminó, seguido por McKilkenny, a todo correr hacia allí.

Mas apenas se había asomado a la puerta, cuando retrocedió apresuradamente, sintiendo, junto con el estrepitoso ruido del disparo, el calor del fogonazo proveniente del arma de alguien que se hallaba en el interior.

Durante unos segundos, Marko pensó desesperadamente en hallar algún medio que le permitiera penetrar y abatir aquel centinela, hasta que creyó haber dado con él.

Se acercó a la puerta, con precaución y tomó el pomo, tirando hacia sí, lo cual hizo que el que estaba en la parte opuesta disparara de nuevo. La bala se perdió maullando estrepitosamente y, apenas había salido de la boca del arma, cundo Marko, hecho un ovillo, se lanzó hacia adelante.

El inesperado movimiento tomó por sorpresa al centinela, cuyo fusil tronó nuevamente, pero, aparte de que no estaba habituado a él, sino a las anticuadas y pesadas espingardas, el movimiento del blanco le impidió fijar la puntería como hubiera querido. Por eso, el teniente, habiendo caído en el centro del cubículo, se revolvió sobre sí mismo y, desde el suelo, apretó el gatillo del ametrallador, que escupió plomo y llamas.

Gritó el árabe, confundiéndose sus chillidos de agonía con las detonaciones, giró sobre sí un par de veces, al mismo tiempo que el fusil se desprendía de sus manos, ya sin fuerza alguna, y luego cayó pesadamente al suelo, en tanto que Marko se levantaba con presteza, y tomando el arma, la arrojaba a Mc Kilkenny que la cogió al vuelo.

—¡Quédate aquí! —señaló los aparatos que estaban en un rincón—. Luego vendré para transmitir al Mando. Voy a ver si encuentro a los demás y... —de repente algo le vino a la memoria—: ¡Aleesha!

Corrió como un desesperado, haciendo los tres disparos convenidos. Cuando tuvo a todo el mundo reunido les indicó el lugar en donde se hallaban sus otros dos compañeros, terminando:

—Waverley, usted se quedará aquí, con dos hombres, para guardar esto. Yo voy a ver qué es lo que ha sido de la princesa.

Durante un buen rato anduvo por todas partes, ya que no sabía el lugar en que se encontraban las habitaciones de la muchacha. En una ocasión se topó con dos hombres armados que dispararon contra él, pero lo hicieron una décima de segundo más tarde, y sus

proyectiles salieron desviados. Volvió a dónde estaba el sargento, entregándole las armas que había recuperado y le dijo:

—Ahora estamos en mayoría. Ya solo nos faltan dos fusiles. Continúen aquí.

Volvió a buscar y cuando ya desesperaba de dar con el paradero de Aleesha, cuyo recuerdo empezaba a torturarlo más de lo que le convenía, oyó unos gritos de mujer no muy lejos de donde se hallaba. Encaminóse hacia aquel punto, más cuando ya estaba a punto de entrar en la habitación cuya puerta se veía a medio cerrar, una forma humana salió a todo correr de allí.

Tropezó con él, derribándolo. Marko sintió un fortísimo golpe en la cabeza y perdió la noción de la existencia.



Ahora estaban frente a frente.

CAPÍTULO X

Nuuwa gimoteaba arrodillada al lado del cadáver de su ama. La hermosa, la incomparable Aleesha se había ido de este mundo. No encontraría otra como ella, y sí, como se rumoreaba, iba a ser Akmed, quien gobernase aquel pequeño mundo, su existencia, la de todos los habitantes de N'Daggar, cambiaría totalmente, de la luz a la oscuridad, del día a la noche, de lo blanco a lo negro. Y tras hacerse a sí misma estas consideraciones, continuó sollozando monótonamente, arrodillada al pie del lecho donde yacía Aleesha, la hermosa. Aleesha, que ya no volvería a sonreírla jamás, con la cara oculta en las manos y estas apoyadas en el borde de aquel catafalco.

Nuuwa percibió un movimiento, pero creyó que era la enorme cama agitada por sus gestos al lamentarse, más cuando aquella sensación volvió a repetirse, alzó sus húmedos ojos, que se abrieron desmesuradamente cuando vio a Aleesha respirar y mirarla asombrada.

Esta se reclinó sobre un codo, sintiéndose débil y mareada después de aquel prolongado desmayo que había durado tantas horas, pero logró dominar sus vahídos y habló:

—¿Qué es lo que me ha ocurrido, Nuuwa? ¿Por qué me habéis traído aquí?

Pero la fiel esclava no contestó. Se limitó a ponerse las manos delante de la boca, en tanto que se levantaba poco a poco, y gritó al fin:

—¡No! ¡Tú no eres Aleesha! ¡Eres su fantasma!

Prorrumpió en una serie de estridentes alaridos que conmovieron la cámara y salió corriendo, ciega, sin ver nada, horriblemente espantada ante lo que ella creía ser el espíritu de su dueña. Tropezó con un hombre, al que derribó por haberlo tomado de absoluta sorpresa, y continuó su frenética carrera, saltando por encima del caído, perdiéndose, junto con sus aullidos, a lo lejos.

Aleesha se sentó en el lecho, vacilante aún, sintiendo estallarle la cabeza, recordando lo que le había ocurrido la noche anterior, y luego sonrió para sí, pensado en el chasco que se había llevado la infeliz Nuuwa, a quién sería empresa hartamente difícil convencerla de que su resurrección no era obra de diabólicos espíritus, intentó caminar, más no pudo: todavía no tenía fuerzas para ello. Y tuvo que esperar unos momentos hasta que, vacilando, apoyándose en

las paredes, logró salir al corredor; allí se encontró con Marko que, en aquel momento, recobrado el conocimiento se llevaba las manos a la cabeza, quejándose a causa del fuerte golpe que recibiera.

—¡Marko! ¡Marko! ¿Qué te ha ocurrido? —corrió hacia él, olvidando sus padecimientos físicos, arrodillándose a su lado.

—¡Hola! —sonrió él, débilmente—. Alguien salió de ahí dentro y tropezó conmigo. Parecía un huracán.

—Era Nuuwa, que me creía muerta, pero se espantó cuando volví a la vida.

—¿Muerta? —se extrañó Marko.

Y Aleesha se lo contó todo, asombrándose a su vez cuando supo que Marko también tenía algo que relatar.

—¿Qué haremos ahora, Marko? —inquirió después.

Movió este la cabeza para acabar de despejar las brumas que tenía en el cerebro y se incorporó, sintiéndose ya bien del todo:

—Lo primero iremos a ver si conseguimos transmitir al Mando nuestra situación. Después, tendremos que localizar a Akmed y a sus secuaces.

—¿Sus secuaces? Todos me son fieles —exclamó ella, orgullosamente.

Marko la tomó por un brazo, a lo que Aleesha no opuso la menor resistencia y, mientras caminaban, le dijo:

—A lo que parece, también Akmed tiene sus partidarios. Y ya hemos tenido que eliminar algunos.

De esto la dio buena prueba al pasar por algunos lugares en los que se encontraban los cuerpos de los que habían muerto, todavía enrojeciendo con su sangre el suelo. Pero cuando ya se acercaban al lugar donde se hallaba la emisora, una voz los detuvo:

—¡Quietos ahí! ¡No os mováis!

Akmed, seguido de cuatro de los suyos, había aparecido en la parte opuesta; todos armados y encañonándoles con sus propias armas. El traidor avanzó hacia la pareja, con una fría sonrisa de gozo por haber triunfado, al mismo tiempo que exclamaba:

—Tira tu arma al suelo, teniente. Voy a tomarme ahora el desquite de lo que me hiciste sufrir, además de castigarle por haber osado poner tus ojos en una princesa de sangre real.

—¡Alto ahí! —Aleesha se colocó delante de Marko, decidida a defenderlo con su propio cuerpo—. Esas son cosas que a ti no te interesan lo más mínimo, Akmed.

—Apártate, Aleesha. No quisiera disparar sobre ti...

—Capaz serías de ello —observó indignada.

—Contigo o sin ti, N'Daggar será mío —replicó él ásperamente, y

en el mismo momento, levantó el fusil ametrallador.

Intervino Marko, echando a un lado a la muchacha:

—Déjale, Aleesha. Solamente sabe cometer traiciones...

—¡Perro! ¡Vas a morir!

Pero en el mismo instante en que Akmed se disponía a disparar el arma, un redondo y pequeño orificio apareció en su frente, al mismo tiempo que un fusil estallaba a espaldas de Marko.

Akmed se envaró. Su cuerpo adquirió una repentina rigidez, cayendo hacia adelante, sin que tuviera tiempo de enterarse de que un soldado llamado Mc Kilkenny había disparado certeramente contra él.

Pero Marko no perdió el tiempo. Empujó fuertemente a Aleesha, haciéndola caer, al mismo tiempo que, arrodillándose rapidísimamente, sin apuntar siquiera, movía su ametrallador en abanico, fulminando a los cuatro cómplices de Akmed. Estos, sorprendidos por aquella inesperada reacción, y sin tiempo para disparar sus fusiles, fueron cayendo en trágicas posturas, lanzando gritos de dolor y de espanto, que prontamente fuéronse apagando. Y cuando todo hubo pasado, Marko se inclinó sobre Aleesha, tomándola en sus brazos y ayudándola a levantarse:

—¿Te has hecho daño?

Denegó ella, dulcemente:

—No, Marko. Al contrario. Tu acción me ha salvado la vida. Es una deuda que siempre tendré contigo.

Varios americanos desembocaron a todo correr, alarmados por las detonaciones, pero se tranquilizaron prontamente al ver al teniente y a la princesa sanos y salvos. Aullaron de alegría cuando vieron sus armas, comprobando que se hallaban en perfecto estado de funcionamiento, y pocos minutos más tarde, Marko, sentado ante el transmisor, comentaba:

—Tendré que esforzarme en recordar el Morse.

Alguien se adelantó:

—No se preocupe, teniente —era Eskin—. Yo tengo algunas nociones de radiotelegrafía, y por muy alemán que sea este cacharro, creo que sabré entenderme.

—Lo malo es que quizá «ellos» —se refería Marko a los alemanes— también captan la emisión. Pero... —se encogió de hombros— cuando Akmed se decida a atacar es casi seguro que ya contaba con que pronto estarían aquí los hombres de Rommel. ¡Aleesha!

—¿Qué quieres, Marko? —se le acercó ella, y Darby sintió inundársele el corazón de una extraña y nunca sentida alegría.

—Tendrás que reunir al Consejo de Ancianos y prepararles para lo que va a ocurrir —dijo—. Temo, con razón, que esta paz secular se vea turbada más pronto de lo que parece.

—No tenemos otra elección. Pero, me parecéis pocos, y es de suponer que los alemanes vengan bien preparados.

—¿Cuántos hombres tienes en condiciones de combatir?

—Cien. Quizá ciento cincuenta. Más el armamento es pobre y anticuado.

Marko se quedó un momento dubitativo, y luego su expresión se animó:

—No importa. Haremos lo que podamos. De todas formas, ellos no esperan encontrar resistencia. ¿Quieres reunir al Consejo? Me gustaría decirles unas palabras.

Harto elocuentes fueron y todos los que ayudaban a Aleesha a gobernar aquel reducido pueblo, pronto estuvieron de acuerdo con las palabras de aquel extranjero, cuidadosamente traducidas por su misma princesa, dándoles poderes especiales para disponer de todos los hombres útiles, a su antojo. Y tras la conferencia, Marko se despidió, por el momento, de la hermosa Aleesha:

—Durante unos días nos veremos muy poco. Quiero que sepas que, aunque nuestro conocimiento mutuo es escaso, mis pensamientos estarán contigo a todas horas.

Y dicho esto, sin poder contenerse, tomó la mano de ella y depositó un suave beso en aquel aterciopelado dorso, notando perfectamente la sacudida eléctrica que conmovió el maravilloso cuerpo al notar el contacto de los labios del hombre.

Durante cuarenta y ocho horas, Marko apenas comió y durmió. Infatigable, hizo preparativos para la defensa, sin descuidar ni un solo detalle, recorriendo todo, dando órdenes, revisando las posiciones y poniendo en pie de guerra a toda la población masculina de N'Daggar, que secundó admirablemente todos sus mandatos.

Y ya era el atardecer del tercer día a partir del momento en que decidieran defender aquella espléndida isla en medio del Sahara, cuando Marko notó que necesitaba un más que bien ganado descanso, por lo que pensó que durmiendo unas cuantas horas se encontraría mucho mejor.

Cayó sobre la cama, quedándose inconsciente al momento, y le pareció que no acababa de dormirse cuando alguien le sacudió por los hombros fuertemente:

—¡Teniente, teniente!

Se sentó en la cama, frotándose los ojos:

—¿Qué es lo que pasa, Waverley?

—Se oye ruido de aviones hacia el Norte.

—¿Nuestros?

—No lo sé, señor.

En un santiamén estuvo listo y echó a correr, con el arma en la mano, diciéndole al sargento:

—Dé la alarma. Que todo el mundo ocupe sus puestos. Ahora me reuniré con usted.

Llamó a la puerta de la cámara de Aleesha que ya estaba despierta y que le abrazó impulsivamente.

—¡Ten cuidado, Marko! ¡Si murieras...!

Fueron bastantes estas palabras para que el comprendiera los sentimientos que anidaban en el alma de Aleesha y que inflamaron los suyos. La tomó en sus brazos e inclinó la cabeza:

—Pronto volverá la paz a N'Daggar. Y entonces te pediré una cosa.

—Tuya será, porque soy toda tuya, mi amado.

Oprimió él aquellos frescos labios con furia. Luego, se desasíó del dulce abrazo y salió al exterior.

El zumbido de los aparatos se oía cada vez más cercano. Marko tomó los prismáticos y pronto el grupo de máquinas voladoras estuvo encuadrado en los visores. Comenzó a contarlas: una, dos, tres, hasta doce, pero las seis finales llevaban además cada una, dos planeadores, lo cual hacía en total veinticuatro aviones.

—¡Demasiados me parecen, teniente! —le gritó Waverley, oculto tras unas matas, junto con unos cuantos árabes.

—Más creía yo que fueran. Veinticuatro aviones en total, unos quinientos hombres. Nada más y nada menos que un batallón.

El sargento se echó a reír:

—¡Si supieran la sorpresa que les espera!

Volaban los aviones germanos pausadamente, a unos quinientos metros de altura, seguros de que nada ni nadie les iba a molestar desde abajo. Poco a poco se fueron acercando y el grupo entero dio una vuelta circular sobre el Valle de la Eterna Flor, vuelta que terminó cuando enfilaron de nuevo la dirección sur.

De repente se soltaron las amarras de los planeadores. Los doce ingenios comenzaron a perder altura rápidamente, acercándose al suelo, de tal forma que entraron en el valle casi rozando el borde interior de los farallones. Y tras algunos titubeos por parte de los pilotos, empezaron a tomar tierra.

Los primeros en descender se arrastraron unos cuantos metros, pesadamente. Pero súbitamente algunas fuertes explosiones

resonaron debajo de los fuselajes de los planeadores, que inmediatamente comenzaron a vomitar parte de su carga humana. Y los alemanes no sabían a qué atribuir aquellas explosiones que habían herido a más de la mitad de la dotación.

Uno de los planeadores cayó a menos de cincuenta metros del lugar en que se encontraban Marko y los suyos. Patinó por el césped, perdiendo velocidad, rápidamente, y de repente brotó una humareda, al mismo tiempo que un violento estallido resonaba debajo de la panza del aparato, que inmediatamente comenzó a arder, devorando las llamas aquella frágil construcción de lona y madera.

Una docena de hombres, los que habían resultado ilesos, saltaron espantados, mirando en torno suyo, atónitos, estupefactos, pero antes de que pudieran recuperarse de la sorpresa, de un puñado de viejísimas espingardas salió una descarga cerrada que abatió más de la mitad. Los árabes del valle dispararon a blanco seguro, y cuando los demás, sabiendo ya a qué atenerse, trataron de dispersarse buscando refugio, las armas automáticas de Marko y de Kilbur ladraron, derribando muertos o heridos a la mayoría de ellos. Darby se levantó encaminándose hacia allí, con el ametrallador dispuesto, pero no encontró más que dos germanos ilesos, que se apresuraron a arrojar sus armas, alzando sus brazos en significativo ademán.

Marko, por señas, ya que desconocía el árabe, ordenó a sus colaboradores que se los llevaran de allí, poniéndolos a buen recaudo, en tanto que repartía entre los restantes componentes de su grupo personal, que en su primer combate no habían sufrido ni una sola baja, los fusiles y equipos de los alemanes muertos. Y luego continuó avanzando, seguido de sus hombres, hacia otro planeador que estaba a punto de tocar tierra.

Este resultó indemne y se arrastró unos cincuenta metros sobre su vientre, levantando mucho la cola, de tal forma que parecía iba a capotar, pero al fin se detuvo, y una puerta se abrió vomitando un aguerrido pelotón que empezó a hacer fuego con eficaces disparos.

Tres o cuatro árabes de los que se hallaban junto a Marko fueron alcanzados por las balas germanas, más por la puntería en sí que por su propia imprevisión en cubrirse de una manera acertada, creyendo vencer al actual enemigo de tan fácil manera al anterior. Sus cuerpos se esparcieron por tierra, en trágicas posturas, en tanto que la sangre de sus heridas se confundía con el rojo intenso de sus alquiceles.

Marko y McKilkenny se echaron al suelo, haciendo bramar sus

«Thompson». Las vainas de los cartuchos gastados volaron por los aires, al compás de las detonaciones que sacudían sus armas. Estas se movían en abanico mortífero, deteniendo en seco el avance alemán, cuyos componentes se dispersaron para ofrecer menos blanco, sin dejar de disparar con arduo encarnizamiento.

Detuvieron los dos americanos su fuego, para recargar las armas. Ello fue aprovechado por los del «Afrika Korps» que, tumbados en el suelo habían respondido firmemente, para iniciar un nuevo avance con la idea de eliminar aquel islote de resistencia; pero en aquel instante, dos explosiones sonaron a sus espaldas, haciéndolos vacilar.

Alguien se había acercado y lanzado las granadas de mano contra el fuselaje que se incendió, dada su endebles y combustibilidad. Instantáneamente los alemanes se dispersaron, huyendo en todas direcciones, haciendo que tanto Marko como McKilkenny y los árabes que se hallaban junto a ellos, suspendieran su fuego, sin comprender la actitud del enemigo.

Antes de que Marko pudiera formularse una interrogante y contestársela a sí mismo debidamente, una atronadora explosión conmovió el ambiente. Astillas incendiadas se elevaron por los aires, en tanto que el ardiente soplo de la onda explosiva le daba en la cara, y entonces comprendió que el fuego había alcanzado la reserva de municiones, seguramente granadas de mano, a juzgar por las aisladas detonaciones que, estrepitosamente, continuaban saliendo del lugar donde aún ardía el planeador.

De su ensimismamiento le sacaron una serie de disparos. Pasada la primera sorpresa, los valerosos súbditos de la princesa, disparaban a placer sobre los desconcertados germanos que no sabían cómo defenderse y caían como moscas, hasta que al fin, unos pocos, viendo que toda resistencia era imposible, alzaron las manos tras arrojar las armas, repitiéndose entonces la misma escena que ocurriera con los supervivientes ocupantes del primer planeador.

Marko dio la vuelta al incendio, descubriendo a pocos pasos un cuerpo horriblemente destrozado, que con gran dolor reconoció como perteneciente a Sills. El valeroso muchacho habíase acercado por detrás, sin saber que se aproximaba a su muerte y había sido sorprendido por la violentísima explosión de los cajones de granadas de mano, alcanzados por las llamas.

Las detonaciones continuaban oyéndose. Algunas de ellas provenían de las rústicas minas que plantara Marko los días precedentes, pero las más eran de las granadas de mano y de la

fusilería que resonaba en compacto trueno.

No obstante, Marko había situado hábilmente sus efectivos. Durante el brevísimo lapso de tiempo que transcurría entre la toma de tierra, la detención y la subsiguiente desocupación del planeador, las descargas se hacían sobre seguro, causando infinidad de bajas al enemigo que, ciertamente, no esperaba tan enconada resistencia.

Muchos de los planeadores resultaron tocados por las minas fabricadas por Marko, y generalmente aquel que era alcanzado por una explosión se incendiaba, pero otros resultaron intactos y sus ocupantes se esparcieron, combatiendo ferozmente; confiaban, ya que no en su superioridad, puesto que a los primeros embates ya habían sufrido numerosas bajas, en su mejor armamento y en su incuestionable disciplina.

De todas formas, su moral estaba bastante quebrantada. Aun resultando ilesos en el aterrizaje, a cada planeador se le había asignado un grupo de árabes, a cuyo frente iba un americano y la primera descarga era de mortíferos efectos.

Aquellas antiquísimas armas eran de avancarga, por lo que sus propietarios afinaban bien la puntería al primer disparo, seguros de que derribaban a su hombre. Luego, se apoderaban del armamento de los muertos.

El último de los planeadores, soltado tardíamente, cayó casi encima de Marko quien hubo de encogerse para no ser alcanzado por sus patines. Volvióse, disparando furibundamente contra aquel vientre, apreciando con toda claridad la hilera de disparos que aparecían en la infraestructura del aparato.

Debió ser tocado su piloto porque tomó tierra de mala manera, sobre un ala; esta se dobló con trágico chasquido que resonó claramente sobre el fragor de la enconada batalla. Se arrastró unos cuantos metros, dejándose tras sí fragmentos enormes de la pieza, levantando espesas nubes de polvo y luego los hombres que viajaban en su interior salieron rápidamente.

Algunos de ellos fueron alcanzados por los primeros disparos, pero el mismo polvo, así como el propio planeador, impidieron que tanto Marko como los suyos fijaran bien la puntería, por lo que hubieron de retroceder cuando los otros atacaron en enérgica carga que hizo vacilar durante un momento las filas de los defensores de N'Daggar.

Marko se vio en una apurada situación. Veinte o más enemigos se le acercaban, sin que sus disparos pudieran contenerlo, ya que las filas de su grupo se habían clareado enormemente y, aparte de McKilkenny, apenas si le quedaban tres o cuatro árabes disparando

con varia fortuna, prácticamente con más ruido que efecto.

Más en aquel momento, en aquel sector la situación varió por completo, salvando a Marko del aniquilamiento.

Tomkin y el sargento, habían apresado una ametralladora pesada, y avanzando sin temor la enfilaron sobre los alemanes. La boca de la «Maxim» se convirtió instantáneamente en un rugiente volcán devastador.

En contorsionados movimientos agónicos, derrumbándose como ininterrumpidas hileras de muñecos de macabra feria, los alemanes fueron aventados por aquel vendaval de muerte que se abatió sobre ellos fulminándolos antes de que tuvieran tiempo de responder adecuadamente al nuevo ataque.

Los árabes, junto con los americanos se defendían encarnizadamente haciendo que la batalla se mostrara indecisa. La superioridad numérica de los hombres de Rommel había quedado compensada por la sorpresa que, ciertamente, no esperaban, así como por las numerosas bajas que sufrieran en el aterrizaje.

Sin embargo, era evidente que Marko y sus hombres no podrían sostenerse durante mucho tiempo. Pronto los otros doce aviones de transporte estuvieron en condiciones de decantar el triunfo a su favor. Y todavía no habían llegado casi sobre la vertical del pequeño frente, cuando por las puertas laterales de los «junkers» comenzaron a saltar los paracaidistas.

—¡Malo, sargento! —rezongó Darby—. Esto se pone muy difícil. Doscientos cuarenta o más hombres de refresco, que son experimentados veteranos. No nos queda otro remedio que acogernos al palacio excavado en la roca y resistir allí.

—Sí, señor.

—No dejen ni un solo fusil ni un cartucho en el suelo, todos nos van a ser muy preciosos.

—De acuerdo, teniente —y Waverley empezó a retirar sus hombres, disparando continuamente, pero sin perder el orden. Poco a poco fueron ganando el jardín y allí, en un breve intervalo, mientras que los paracaidistas se reorganizaban para emprender un último y culminante ataque, Marko reviso su tropa, comentando luego con pesimismo:

—Más de la mitad de los efectivos de la primera oleada son bajas. Calculo que hayan sobrevivido unos cien. Doscientos cincuenta acaban de reunírseles. Y nosotros apenas somos un centenar, muchos solamente armados con espingardas.

—Bueno, teniente, que el final ya está cerca, ¿no es eso? —se echó a reír el sargento—. Y yo me digo: ¿para qué hemos venido a la

guerra? Además, todavía estamos vivos.

Marko no habló, pero su gesto fue harto elocuente. Oprimió el hombro de su segundo y le sonrió afectuosamente, en el mismo momento en que el débil tiroteo se recrudecía de un modo feroz. Los del «Afrika Korps» desencadenaban el ataque definitivo.

Crepitaron las ametralladoras, ladraron los fusiles y pocos momentos después comenzaron a rodar por el aire las primeras bolas blancas de humo de las granadas de mano. Y Marko comenzó a ver ya el blanco de los ojos de los enemigos que, a pesar de las bajas que sufrían se acercaban inconteniblemente.

En algunos puntos de la línea defensiva se luchaba cuerpo a cuerpo. Los árabes usaban las espingardas como mazas, asiéndolas por el cañón, y cuando alguna de estas se rompía, usaban la corva gumía, que ponía pavor en el ánimo de quienes las contemplaban dirigidas hacia ellos. Pero poco a poco la presión fuese haciendo intolerable y al final, el frente defensivo saltó roto por varios sitios. Los alemanes irrumpían ya en los primeros escalones de las distintas terrazas.

—¡Al palacio! —gritó Marko, disparando luego una última ráfaga con su arma, y dejando la escalinata sembrada de cuerpos. Acto seguido se volvió, dirigiéndose hacia la amplísima puerta, en la que habían instalado un parapeto de rocas y sacos terreros.

Más en el momento en que lo saltaba, un agudo dolor en la espalda se apoderó de él. Sintió que una lanza de fuego lo atravesaba de parte a parte y no vio otra cosa que el suelo que se le aproximaba rápidamente. No vio siquiera que, en el momento en que los alemanes se lanzaban al asalto del último baluarte, varios aviones yanquis comenzaban a abrir sus vientres para arrojar numerosos paracaidistas. No vio, pues, que los alemanes dudaban, vacilaban y al fin se replegaban para disponerse a una defensa que, a la postre, sería inútil empeño. No vio nada de esto, porque un piadoso desmayo le acogió en su oscuro manto.

Este desmayo duró un tiempo que no supo precisar. No supo si había dormido un día o un mes. Solo supo que un buen día abrió los ojos y lo primero que estos vieron fue una deliciosa imagen, la de una mujer que, en medio de sus lágrimas, sonreía de felicidad.

—¡Vives, por fin vives! ¡Alabado sea el Señor! —exclamó Aleesha, poniendo todo el corazón en sus palabras.

Marko quiso hablar, pero ella puso dos de sus dediles en la boca:

—¡Chist! Querido, el médico te lo ha prohibido. Cuando te pongas bueno del todo, has estado muy malo y yo he temido que murieras. ¡Oh! —escondió un momento la cabeza entre sus manos,

para, descubrirse el rostro enseguida, sonriendo de nuevo—. No lo hubiera podido resistir, pero afortunadamente estás en vías de curación.

Y cuando días más tarde el médico de las fuerzas americanas le permitió recostarse contra los almohadones, ella se lo explicó todo, desde el momento en que lo recogieran herido, temiendo que se iba a morir en cualquier instante, hasta que, tras breve y duro combate, los germanos fueran aniquilados y lo supervivientes hechos prisioneros.

—Ahora el Valle de la Eterna Flor es un gran aeródromo. Pero solamente durante el tiempo de la guerra.

—¿La guerra...? —Marko se sobresaltó. Lo había olvidado. Tenía que volver a ella. Un par de meses de convalecencia y a combatir de nuevo.

—No. Nada de eso —sonrió maravillosamente.

Aleesha—. El general dice que tú y los tuyos os habéis portado estupendamente, y que lo menos que merecéis es quedaros aquí con la guarnición que se establecerá.

—¿Aquí?

—¿Le disgusta, teniente? —Waverley entraba con un brazo inútil y un bastón para auxiliarse a causa de la pierna escayolada.

Marko miró a Aleesha. Con uno de sus brazos la atrajo hacia sí, y cuando sus labios se separaron, sin hacer caso de los carraspeos del sargento, exclamo:

—No. No me disgusta.

F I N

¡LA SUERTE LLAMA A SU PUERTA!

El éxito más completo le aguarda, leyendo los volúmenes de la colección

TECNICA AL DIA

Tras un período de interrupción, surge de nuevo esta famosa colección con carácter regular

Adquiera hoy mismo

CURSO ACELERADO DE RADIO MONTAJES

En él hallará una completa descripción del receptor a cristal de germanio, con altavoz de dos, tres y cuatro válvulas. Superheterodinos de cuatro, cinco y seis válvulas múltiples y varios esquemas de gran utilidad

¡Prácticos y útiles!

Este es el distintivo de

TECNICA AL DIA

¡La colección que usted debe poseer!

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

Precio del ejemplar: 30 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

*¡La publicación más
apreciada por jóvenes y
adultos!*

Colección HISTORIAS

*Las más famosas obras
de la literatura univer-
sal, presentadas de un
modo originalísimo y
sorprendente.*

*256 páginas de suges-
tiva lectura y más de
520 ilustraciones perfectamente compaginadas con
el texto*



COLECCION HISTORIAS

¡Un alarde de presentación y originalidad!

¡YA HAN APARECIDO LOS PRIMEROS VOLUMENES!

Tome nota de sus títulos y adquiéralos sin falta.

JUANA DE ARCO

20.000 LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO

VIDA DE JESUCRISTO

LA ISLA DEL TESORO

FABIOLA

LA CABAÑA DEL TIO TOM

¡La lectura preferida por todos!

Muchos títulos más, tan interesantes como los anteriores, aparecerán próximamente a la venta al ritmo de dos por mes.

Precio del ejemplar: 25 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

En todos los quioscos y librerías, hallará

NO SERAS UN EXTRAÑO

La formidable novela de *Morton Thompson*, que ha batido el record de ventas del pasado año, en Estados Unidos

¡Humana como la vida misma!

¡Dramática y apasionante!

NO SERAS UN EXTRAÑO

Un título que llega avalado por tres firmas de la máxima garantía

UNITED ARTISTS, que produjo la película

C. B. FILMS, que la distribuye en España, y

EDITORIAL BRUGUERA, S. A. que realiza su traducción y edición

NO SERAS UN EXTRAÑO

¡Una novela que no olvidará jamás!



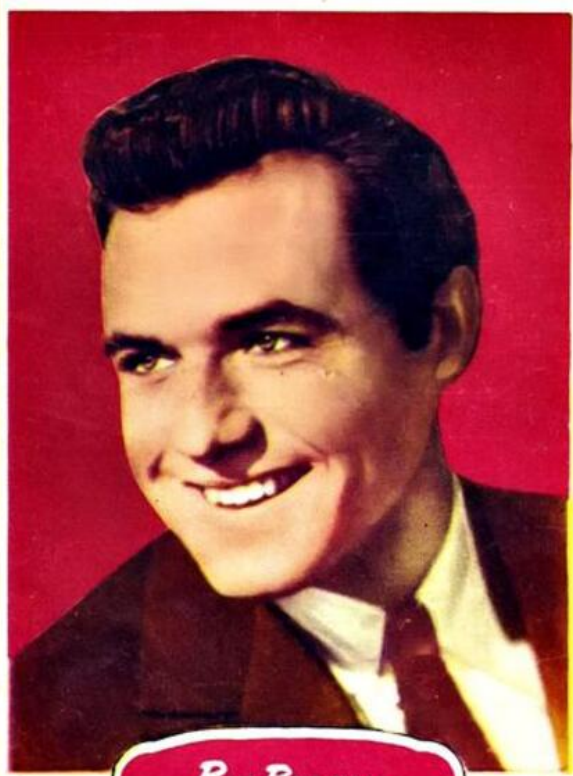
TODOS LEEN...

**...EL ALMANAQUE
de EL DDT...**

**...PARA 1956
PRECIO 3pts**

BETU

LLUVIA DE ESTRELLAS



Rex Reason

N.º 176

Nació en Berlín el 30 de noviembre de 1926. Entre las películas en las que ha intervenido destacan "Lady Godiva", "Salomé", "El hijo de Cochise" y "Tormenta sobre El Tibet".

Foto UNIVERSAL-INTERNACIONAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 — ptas .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3'50

Notas

[←1]

Servicio de Inteligencia Alemán

[←2]

Por estas iniciales se conoce al soldado norteamericano.